

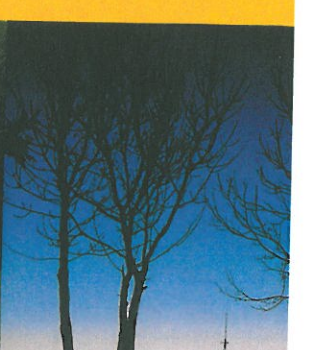
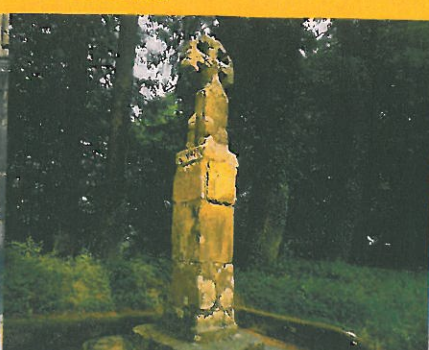
LA GRAN OBRA DE

Los Caminos de Santiago

ITER STELLARUM

HÉRCULES DE EDICIONES S.A.

PEREGRINACIÓN Y CAMINOS



La Gran Obra de
Los Caminos
de Santiago

ITER STELLARUM

Proyecto editorial creado y dirigido por:
Francisco Rodríguez Iglesias



**Peregrinación
y Caminos**



volumen

PRESENTACIÓN DE LA OBRA

Saluda del Presidente de la Xunta de Galicia	6
[Manuel Fraga Iribarne]	
Saluda del Conselleiro de Cultura, Comunicación Social e Turismo de la Xunta de Galicia	8
[Jesús Pérez Varela]	
Presentación editorial	10
[Francisco Rodríguez Iglesias]	
Prólogo	22
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]	

PARTE I. ➔ Peregrinación y peregrinación jacobea

I La peregrinación, un fenómeno universal	24
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]	
II La peregrinación jacobea: aspectos históricos y culturales ..	46
[Francisco Singul Lorenzo]	
III Los Años Santos Compostelanos	70
[Manuel Rodríguez Fernández]	

PARTE II. ➔ El Apóstol Santiago

IV Santiago el Mayor, apóstol de Occidente	88
[Manuel Jesús Precedo Lafuente]	



PARTE III. ➔ Los orígenes de la tradición jacobea

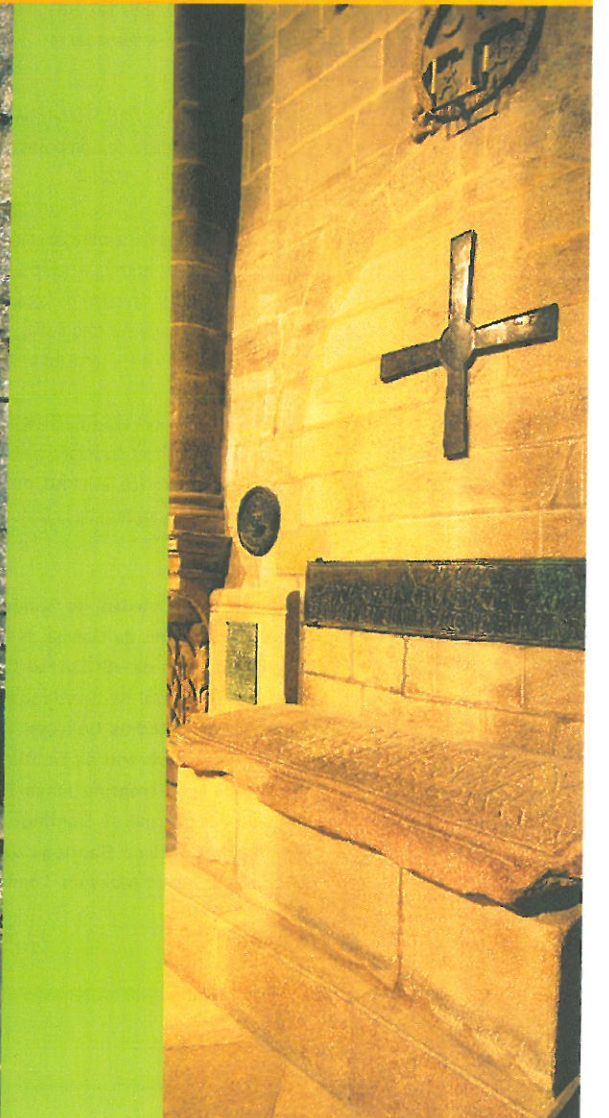
- V **En los orígenes...** 152
[Jesús Suárez Otero]

PARTE IV. ➔ Los grandes temas de la peregrinación

- VI **El Camino: simbolismos y rutas** 200
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]
- VII **Los Caminos: otros valores y significaciones** 250
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]
- VIII **El peregrino** 278
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]

PARTE V. ➔ El entorno actual de la peregrinación

- IX **El peregrino hoy: motivaciones y rasgos** 310
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]
- X **El peregrino como cliente** 326
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]
- XI **El papel turístico del peregrino** 340
[Antonio Segundo Vázquez Portomeñe]
- XII **La singularidad del Camino: Historia, actualidad y futuro** ... 350
[Víctor Manuel Vázquez Portomeñe]





Proyecto editorial creado y dirigido por:
Francisco Rodríguez Iglesias



Coordinación:
Antonio Segundo Vázquez Portomeñe/ Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación.
Antiguo responsable del Departamento de Cultura y Programas del Plan Xacobeo
y experto en el Camino de Santiago



Textos:
José Suárez Otero/ Arqueólogo. Catedral de Santiago de Compostela
María Dolores Barral Rivadulla/ Profesora titular de Historia del Arte.
Universidad de Santiago de Compostela
Manuel Antonio Castiñeiras/ Profesor titular de Historia del Arte.
Universidad de Santiago de Compostela
Marta Cendón Fernández/ Profesora titular de Historia del Arte.
Universidad de Santiago de Compostela
Juan M. Monteroso Montero/ Profesor titular de Historia del Arte.
Universidad de Santiago de Compostela



Fotografía:
José M. Salgado/ Hércules de Ediciones, S. A.



Directora de Edición:
María del Mar Pérez Negreira



Diseño, digitalización y maquetación:
Atlas Comunicación, S. L./ Juan Fernández Prida y María Álvarez Menéndez
Hércules de Ediciones, S. A./ Susana Rey López y Yolanda García García



Edita:
Hércules de Ediciones, S. A.
Edificio Hércules. C/ Cordelería, 32-15003 A Coruña
Teléfono: 981 220 585 / Fax: 981 220 717
E-mail: info@herculesediciones.es web: www.herculesediciones.es

ISBN Obra completa: *ITER STELLARUM. La Gran Obra de los Caminos de Santiago*: 84-96314-05-7
ISBN tomo II: Santiago de Compostela: una Tumba, una Catedral: 84-96314-09-X
Depósito Legal: C-1333/2004

La iniciativa de esta obra colectiva, su concepción, la elección y coordinación de los distintos colaboradores externos que han participado en ella; la corrección, adaptación y ajuste de sus textos; el control y dirección de la redacción y expresión de los mismos; así como la realización y selección de sus fotografías, su compaginación y la gestión de calidad han ido a cargo de los servicios editoriales y fotográficos de Hércules de Ediciones

COPYRIGHT © HÉRCULES DE EDICIONES, S. A. RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o sistema de recuperación de información electrónico, eléctrico, químico o mecánico, óptico, fotocopia, grabación, etc., salvo autorización expresa de la Editorial



Agradecimientos:
Archivo de la Catedral de Santiago
Archivo del Reino de Galicia. A Coruña
Archivo gráfico de «El Correo Gallego»
Archivo Municipal de Santiago de Compostela
Instituto de Estudios Gallegos «Padre Sarmiento». Santiago de Compostela
Museo de la Catedral de Santiago de Compostela
Museo de las Peregrinaciones. Santiago de Compostela
Palacio Arzobispal de Santiago de Compostela
Seminario Conciliar. Santiago de Compostela
Victoria & Albert Museum. Londres





En los orígenes...

Vista aérea del Casco Antiguo de Santiago de Compostela.



PÁG. ANTERIOR

El célebre «Pedrón», conservado en la Iglesia de Santiago. Padrón, A Coruña.

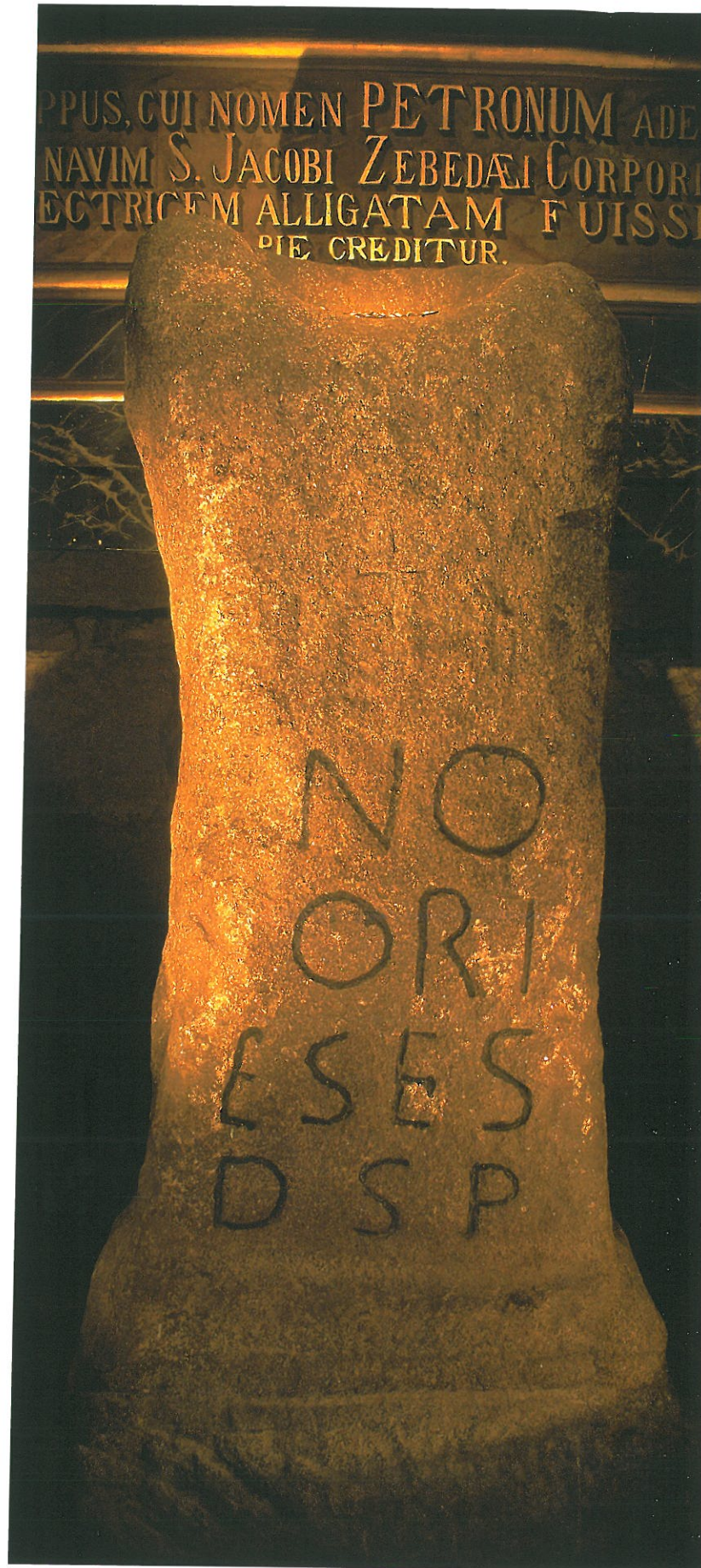


IMAGEN DERECHA

Desde un principio de los estudios jacobeos, la historicidad de la tradición ha sido un tema central. Una historicidad que pasaba por demostrar el carácter real de aquellos elementos que resultaban accesibles: Iria y su entorno fueron sin duda uno de los principales puntos de interés. Las razones son obvias: Iria y Padrón tenían un papel clave en cuestiones como las relacionadas con la llegada del cuerpo del Apóstol, y en ambos casos existían elementos todavía visibles que fueron entendidos como pertenecientes a esos episodios —recordemos el conocido caso del «Pedrón»—. Pero, además, Iria es el referente histórico ineludible para Santiago y el culto al Apóstol, pues fue desde su condición de poblado y cátedra episcopal de donde surgiría, a través de la figura de Teodomiro, toda la Historia Jacobea. Es también el enlace de esa Historia con la Antigüedad, y ha mostrado siempre restos visibles de esa relación. Hechos todos ellos que se suponían para Compostela, y posteriormente se demostraron, pero que en Iria eran una realidad tangible, tanto documental como materialmente. Los restos arqueológicos afloraban constantemente, no sólo en el ámbito estricto de la antigua Catedral de Iria, sino a lo largo de un amplio espacio que incluía Padrón, e incluso se trasladaba a la otra orilla del río Ulla, generando la imagen de una antigüedad rica en manifestaciones: «La simple inspección del terreno indica que allí debió de haber un gran centro de población. Así claramente lo insinúan los castros que lo rodean, todos

ellos cuajados de ladrillos romanos... y los fragmentos de la misma materia que con otros restos se encuentran a cada paso en las dilatadas vegas que se extienden desde Iria hasta más allá de Cesuris...» (López Ferreiro, *Historia*, vol. I, 219).

Pronto los estudios sobre Iria, Padrón y el propio Santiago se sucedieron con mayor o menor fortuna; también con distinto rigor, pero siempre teniendo la arqueología como base fundamental, al menos para los tiempos anteriores al siglo X, y conjugándola unas veces con la historia y otras con la tradición oral. El peso de una u otra fue delimitando una frontera cada vez más definida entre los estudios de la arqueología oficial y los estudios arqueológicos aplicado al tema jacobeo. Los primeros incluyeron Iria, Padrón y en menor medida Santiago en los avances de nuestro conocimiento sobre la *Gallaecia* antigua o la transición al mundo medieval, mientras los segundos acabaron encerrados en sí mismos, atrapados por la necesidad de validar posibles realidades históricas que nos llegaron sin embargo en claves legendarias o míticas. El resultado fue una acusada separación entre dos ámbitos que debían participar de métodos similares e intereses comunes. Situación que provocó que los resultados de la arqueología jacobea derivasen hacia lo meramente especulativo, con un uso anacrónico de la arqueología y propuestas ajenas al conocimiento histórico, verbigracia, la existencia de una *civitas* romana en Compostela, la magnificación de la tumba apostólica, etcéte-



ra. Mientras, la arqueología oficial daba la espalda a los temas jacobeos, minusvalorando datos, cuando no obviándolos, que son importantes para la Galicia antigua y medieval, como la existencia de un mausoleo y un poblado romano en Compostela o la particular relevancia del «Pedrón».

Intentaremos aquí tender un puente definitivo entre los estudios jacobeos y la arqueología. Algo en lo que venimos trabajando desde hace años para Compostela, y que en Iria y su entorno resulta más factible, pues aquí sí las posturas entre estudios jacobeos y arqueología fueron coincidentes al partir ambas de una raíz común: la obra de López Ferreiro. Un puente que beneficie a ambos ámbitos de la investigación, dado que la arqueología jacobea necesita recuperar la dignidad —o la credibilidad, si se prefiere— que un día le dio López Ferreiro además de un lugar dentro de los estudios históricos en Galicia, y la arqueología gallega necesita recuperar unas cuestiones que resultan claves para entender algunas etapas de la historia de Galicia. ¿O acaso se puede dudar de esa condición para Iria en la Antigüedad y Compostela en la Edad Media?

Por otra parte, la existencia de un poblado durante la antigüedad en el solar de la actual Compostela ha sido siempre motivo de interés para la investigación histórica y arqueológica, especialmente para aquella que tenía al fenómeno jacobeo, y por ende a la ciudad que lo sostiene, como motivo fundamental y objetivo último. La causa de esa preocupación constante estaba, principalmente, en la existencia de la «tumba apostólica» y su atribución por parte de la tradición y las primeras fuentes documentales a esa realidad histórica. Se imponía como necesario justificar y explicar cómo era posible la existencia de un monumento de esa envergadura arquitectónica y significación cultural en el lugar que hoy ocupa, y que quedaba muy lejos de aquellas áreas en las que este tipo de manifestación resulta más común. Necesidad que se acrecentaba para los defensores de la autenticidad de la presencia del

cuerpo del Apóstol, puesto que obligaba, además, a sostener una cronología temprana para el monumento, acorde con el martirio de Santiago y el hipotético traslado de sus restos a los confines occidentales del imperio romano.

La asociación de ambas realidades, poblamiento romano y «tumba apostólica», ha sido tan estrecha que define necesariamente, en tanto que punto de partida inevitable, una introducción a la cuestión de la ocupación romana en Compostela. Máxime si tenemos en cuenta que la intensificación del uso argumentativo de los restos romanos en la defensa de lo que en último término es una cuestión de sentimiento, llevó a que éstos perdiesen credibilidad en el ámbito estrictamente científico y acabasen siendo marginados y olvidados hasta tiempos relativamente recientes. Y así, si hacemos un recorrido por la bibliografía sobre la *Gallaecia* romana, nos encontramos con citas escasas y casi siempre marginales a la Compostela romana, para desaparecer de manera total en la que se refiere a ámbitos más amplios, a pesar de que se había dado a conocer una parte de los restos arqueológicos, cuya romanidad era incuestionable. Esa confusión entre realidad científica y sentimiento religioso, no sólo perjudicó al conocimiento y difusión de una realidad incuestionable y del mayor interés, sino que afectó al propio reconocimiento del mausoleo apostólico en sí mismo, que nunca ha sido asumido, ni tan siquiera de manera crítica, ni en el corpus y estudio de las costumbres funerarias en la *Gallaecia* o la *Hispania* romana en general, ni en el referido a las sepulturas monumentales en particular.



Historia de la investigación

La historia de la investigación referida a los precedentes romanos de Santiago se centró fundamentalmente en la Catedral y su entorno inmediato. La evolución de una investigación que de modo necesario fue fundamentalmente arqueológica tuvo dos etapas claramente diferenciadas. Una primera que



podemos considerar precientífica, pues existe el hecho arqueológico, pero no todavía un acercamiento al mismo en claves de investigación arqueológica. Y una segunda, que llega a nuestros días, en la que las evidencias arqueológicas son buscadas y entendidas en la intención, ahora consciente, de conocer y explicar los orígenes de Compostela y, muy especialmente, del fenómeno jacobeo.

La **etapa precientífica** incluye todos aquellos episodios que desde el momento mismo del descubrimiento del sepulcro, que es también el primero de ellos, manifestaban el contacto con una realidad arqueológica que surgía no sólo de presencia física —los restos antiguos subyacentes al «*locus apostólico*»—, sino también de la necesidad ideológica suscitada por el hecho fundacional, el cual, como indicábamos, es en sí mismo un hecho arqueológico. Se incluyen dentro de esta etapa, además de la *inventio*, todas las referencias de peregrinos a reales o supuestos restos antiguos o la conocida intervención a fines del siglo XVI de Ambrosio de Morales.

La que podemos denominar **etapa científica** comienza de la mano del canónigo don Antonio López Ferreiro, cuyas exploraciones en el edículo apostólico (1878-79), en colaboración con el también canónigo Labín Cabello y a instancias del cardenal Payá, constituyen todo un hito en la historia de la arqueología cristiana. Un comienzo que va a estar estrechamente ligado a aquello que definíamos como presencia ideológica de la arqueología en la Catedral y cuya expresión material está en la tumba apostólica, por ello va a ser en ella donde se centren los trabajos de López Ferreiro, aun cuando la visión de éste, ya plenamente arqueológica, va más allá con sus estudios y propuestas sobre el marco espacial y cultural en el que se inscribe el mausoleo que guarda los restos del Apóstol. La interpretación como mausoleo y una reconstrucción conjetural del mismo son unos de los principales frutos de esta primera intervención, la cual lamentablemente no dejó una constancia escrita a la altura de su realización.

Después de esa primera intervención, hemos de esperar más de medio siglo para que se retomen los trabajos arqueológi-

cos en la Catedral. Será en la década de los años cuarenta (1947) del siglo XX cuando, de la mano de don Manuel Chamoso Lamas, se vuelva a plantear la excavación arqueológica de la Catedral. Excavación que se prolongará hasta 1959 y que afectará al subsuelo de la basílica compostelana, dejando al descubierto una intrincada serie de necrópolis que se suceden desde época romana hasta el momento de construcción de la catedral románica, así como los restos de las basílicas que la precedieron; además aparecieron muros de unos edificios de difícil identificación y parte de la primera cerca defensiva de Compostela. También en este momento se realiza un sondeo en el edículo con la intención de comprobar las interpretaciones de López Ferreiro, cuyos resultados serán pobres y confusos, comprensible dada la complejidad del lugar y lo reducido de la intervención.

Los frutos de esta intervención son muchos y no exentos de complejidad en su comprensión, pero, como en aquel primer episodio, ha quedado una insuficiente constancia escrita de los mismos, debido a que si bien existen abundantes publicaciones sobre las excavaciones no existe una memoria definitiva de los trabajos que permita el conocimiento exhaustivo de sus resultados. Una situación frustrante para la investigación, y que en la actualidad se intenta paliar, que afecta directamente a la mayor parte de los restos de que disponemos para las ocupaciones más antiguas. Los restos estructurales, las evidencias de una posible necrópolis antigua y, sobre todo, una amplia cantidad de restos de objetos que aparecieron bajo la basílica constituyen, en este momento, la base empírica fundamental de todo lo que podemos decir aquí. Conjunto arqueológico que no está exento de problemas, especialmente por la fuerte incidencia de remociones, que alteraron la disposición original de los restos en un área que se convertiría en el núcleo del fenómeno jacobeo y de la ciudad medieval.

A este episodio, el más importante por las dimensiones de su incidencia en el subsuelo de la Catedral, sigue una etapa que se va a caracterizar por la sucesión de pequeñas intervenciones que incidirán de manera desigual a lo largo de toda el área ocupada por los edificios catedralicios y su entorno inme-

diato: excavación de la Capilla de la Corticela; excavaciones en la Plaza de la Quintana: escalinatas y Puerta Real; pequeño sondeo en Platerías o las excavaciones en el claustro.

De todas ellas no tenemos más que vagas referencias, dispersas en distintas publicaciones, del investigador bajo cuya responsabilidad se realizaron, don Manuel Chamoso, salvo en el caso de las escalinatas de la Quintana, donde la entidad de los restos descubiertos suscitó la realización de estudios sobre ellos; situación que nos ofrece tan sólo un relativo mejor conocimiento, dado que dichos restos son arquitectónicos y no implicaron al contexto arqueológico del que formaban parte. Una circunstancia que nos afecta especialmente aquí, pues fue en uno de esos trabajos, aquéllos realizados frente a la Puerta Real, donde se recogió uno de los conjuntos más interesantes referido a la ocupación romana de Compostela y que mayor posibilidades ofrecía de hallarse al menos en parte en su localización original.

La última etapa corresponde a las décadas finales del siglo XX, y, aunque inmersa en un profundo proceso de cambios que sacuden a la investigación arqueológica gallega, vuelve a estar caracterizada por una serie de pequeñas intervenciones, siempre vinculadas a obras que se acometieron por esos años en la Catedral, y que permanecen aún en fase de estudio. Nos referimos a las intervenciones de urgencia en las alas occidental y meridional del claustro, conocidas como «Buchería», que se realizaron en los años 1985 y 1987, o la más puntual en la cripta del Pórtico de la Gloria, u otras realizadas en los últimos años también bajo los edificios claustrales. No obstante, esta etapa ofrece también importantes novedades. La primera y fundamental es la renovación tanto técnica como metodológica que va a caracterizar a las nuevas intervenciones, realizadas en los parámetros de una arqueología más preocupada por las condiciones de su propio ejercicio e identidad como disciplina dedicada al conocimiento del pasado. La segunda es la realización de una nueva gran excavación en el subsuelo de la Catedral, como fue la realizada en el patio del claustro durante los años 1991 y 1992, aunque sin resultados que afecten a la cuestión que aquí tratamos. La tercera

Las numerosas reformas
experimentadas por la Catedral
compostelana a lo largo de los
siglos dificultan su exacto
conocimiento arqueológico.



Imagen de las excavaciones realizadas a mediados del siglo XX por Manuel Chamoso Lamas en el subsuelo de la basílica compostelana.



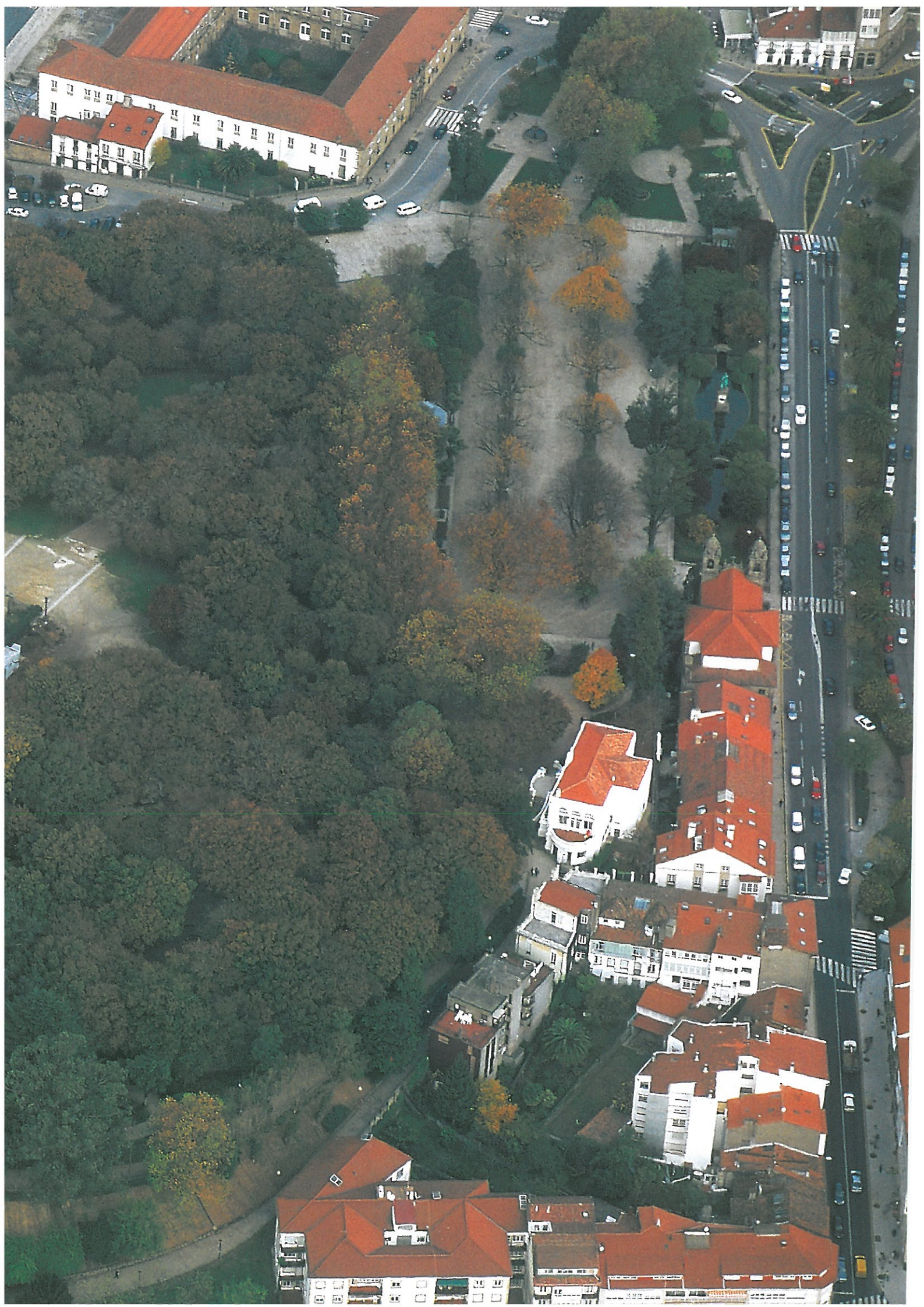
IMAGEN SUPERIOR

Vista aérea del robledal conocido como Carballeira de Santa Susana y, en la parte inferior, la Alameda. Santiago de Compostela.



PÁG. SIGUIENTE





será la ampliación de los trabajos arqueológicos al subsuelo de toda la ciudad, en relación con el amplio y decidido proceso que durante estos años se dirigió a la recuperación y conservación del patrimonio cultural compostelano.



Estado de la cuestión

No podemos acceder a los contenidos y caracterización de la ocupación romana en Compostela sin mencionar algunos de los importantes problemas que ha planteado su conocimiento. Un conocimiento que, recordemos, es exclusivamente arqueológico, y que, por tanto, está sujeto a la mejor o peor adecuación de la metodología empleada, pero sobre todo a las limitaciones de lo que constituye la fuente básica de dicho conocimiento, el conjunto de restos hallados y su disposición e interrelación dentro del área explorada. No vamos a entrar en la siempre delicada cuestión de juzgar a nuestros predecesores, algo que por otra parte necesitaría de un tratamiento cuidadoso y demasiado extenso para esta ocasión, pero no podemos, sin embargo, eludir los condicionantes del registro arqueológico, pues constituyen una constante que afecta a cualquier trabajo que se realice en la Catedral o su entorno.

A pesar de la influencia negativa de las controversias religiosas —a la que ya nos hemos referido en un apartado anterior—, los restos que avalan la existencia de un núcleo habitacional romano en Compostela han sido reconocidos, al menos, por una parte de la investigación gallega. El problema que se planteó, sin embargo, a ese reconocimiento fue lo vago o confuso de las noticias de las que se disponía, que en general habían sido obtenidas fuera del marco estricto de la arqueología científica, y por investigadores más preocupados por otros aspectos de la historia del fenómeno jacobeo. Así, solamente los restos estructurales del edículo, especialmente en lo que atañe al mosaico que pavimentaba una de sus partes, la controvertida ara de San Paio de Antealtares, las menciones anteriores a la existencia de lápidas funerarias romanas, fueron en un principio los únicos elementos de la romanidad del primer asentamiento. A ellas se uniría poste-

riormente la existencia de unas posibles edificaciones y unos restos de carácter cementerial, así como fragmentos de objetos no mucho mejor definidos.

El resultado fue la perpetuación de una idea sostenida desde comienzos de la investigación jacobea sobre los orígenes y formación de este enclave arqueológico, y que se transmitió a la investigación sobre la *Gallaecia* romana. La tesis se basaba en aplicar a Compostela un modelo generalizado para todo el noroeste, que consistía en suponer o entender que todo enclave romano, salvo algunos de tipología o cronología muy específica, era producto de la transformación mayor o menor de un enclave indígena anterior. Así, la presencia romana era sólo un episodio final de una historia a la que se atribuía, por lo general, una larga duración y llevaba implícito el dominio del hecho cultural prerromano. El lector interesado en los orígenes de Compostela estará acostumbrado a leer que los comienzos estaban en la romanización de un supuesto castro en los confines de Amaía, castro que se buscó sin mucho éxito por la topografía de la actual ciudad y que no tenía más sostén que algunas concomitancias de dicha topografía y la configuración de un poblado de esas características (Santa Susana) o la presencia de algún topónimo en el callejero (Rúa do Castro) que hacía suponer la preexistencia de una realidad de ese tipo.

Posteriormente, especialmente a partir de los años 80, se empezó a valorar el enclave romano de Compostela dentro del conjunto de la *Gallaecia* romana, aunque sin entrar en cuestiones como la configuración y entidad del propio yacimiento. La aceptación del componente romano de Compostela se dirigirá a su inclusión dentro de la definición de la ocupación romana del territorio noroeste de la *Gallaecia* y se verá impulsada, no tanto por esa componente, cuanto por la recuperación de las informaciones de otros enclaves semejantes y próximos, especialmente el avance en el conocimiento de Iria, *Brigantium* (A Coruña) y, más recientemente, el campamento militar de Cidadela. En consecuencia, asistimos no a un estudio del enclave en sí, sino a su definición como una *mansio* viaria que la mayoría de los investigadores identifican como

correspondiente a la vía XIX que iba de *Bracara Augusta* (Braga) a *Asturica Augusta* (Astorga), y más concretamente con aquella que en la documentación existente recibe el nombre de *Asseconia*. Una situación que podemos entender como el primer paso en la aceptación definitiva por parte de la investigación sobre la *Gallaecia* romana de algunas de las propuestas de la investigación jacobea referidas a la existencia e importancia de una ocupación antigua en Compostela.

En la última década se ha iniciado un proceso de revisión de todas las informaciones y restos existentes, desde la intervención de López Ferreiro hasta los últimos trabajos arqueológicos realizados en Compostela. No se trata ya de reiterar las viejas preguntas o participar en controversias que esconden profundos resabios decimonónicos, ni tan sólo de homologar el yacimiento en el marco arqueológico gallego. Se pretende ahora aplicar las nuevas perspectivas de la arqueología y los avances de nuestros conocimientos sobre la *Gallaecia* romana al registro arqueológico compostelano en la búsqueda del significado intrínseco del mismo. Los primeros resultados de esa búsqueda van a servir de base para la síntesis que aquí presentamos y que no debe entenderse con pretensiones de resultar definitiva.



Los orígenes: otros tiempos, otra geografía

UNA CUESTIÓN OLVIDADA: LA PALEOGEOGRAFÍA

Antes de adentrarnos en los orígenes de Compostela hemos de atender al marco en el que tienen lugar, y uno de los primeros problemas a los que nos debemos enfrentar a la hora de entender el proceso histórico que dará origen al marco en el que se va a desarrollar la tradición jacobea es el referido a la reconstrucción del territorio en el cual tiene lugar. Hasta ahora siempre se trató la cuestión del enclave primigenio de Iria y su entorno a la luz de la situación actual, a pesar de que ésta se contradice radicalmente con la condición de puerto

que siempre se asumió para la Iria antigua. Un enclave que hoy aparece muy distante del curso del río Ulla, única posibilidad para una condición de puerto fluvial, con las dificultades que esto podría tener: problemas de calado, avenidas. La solución parece que pasaba por ubicar el puerto en un enclave algo alejado, como podría ser Monte do Porto, en el actual Pontecesures —es decir, al otro lado del río—, sin atender a las complicaciones que esto supondría y sin explicar tampoco el porqué de dos enclaves tan alejados para una misma función.

Sin embargo, el hecho de que Iria fuese considerado el puerto, como lo será posteriormente el actual enclave de Padrón —al que quizás la presencia del Pedrón otorgue ya en la antigüedad algún papel en el marco portuario, pero que por el contrario carece de restos arqueológicos romanos tan ricos en su entorno—, indica que las circunstancias debieron de ser distintas y cambiantes a lo largo de la historia. Circunstancias que adquieren sentido si tenemos en cuenta que gran parte de las tierras que definen el actual curso del Ulla y Sar en la desembocadura de este último, constituyen tierras bajas de aluvión, en las que abundan antiguas formaciones lagunares, todavía hoy presentes en el curso bajo del Ulla; o en la condición de isla que tenía en la alta Edad Media el actual lugar de Oeste; o, finalmente, en la importante actividad extractiva que se realizó durante los últimos tiempos en el propio curso del río, muestra de la importancia y continuidad de la llegada de aportes de los cursos medio y alto del Ulla. Se trata de un fenómeno presente en toda la costa gallega y que responde a las modificaciones en el medio producidas fundamentalmente por la actividad humana: incremento de la deforestación, pérdida del manto protector de los suelos, destrucción de éstos por la acción de la lluvia y arrastre de sus componentes a los cursos fluviales, para a través de éstos alcanzar la línea costera. Ejemplos recientes y ligados a fenómenos históricos distintos a los que tratamos aquí, como la pérdida de la condición portuaria de Pontevedra o Noia, permiten entender un proceso que había empezado tiempo atrás. Incluso mucho atrás, como demuestran recientes estudios geológicos de la línea costera en otras partes de la Península Ibérica, que han servido, además, para confirmar yacimientos arqueológicos a

los que se suponía un importante papel en el comercio marítimo y que, sin embargo, estaban aparentemente muy alejados de la costa.

Si llevamos hacia atrás ese fenómeno que constatábamos para la Pontevedra contemporánea o la Noia postmedieval, nos encontraríamos primero con la condición portuaria de Padrón en sus orígenes, siglos XI-XII, y su aparente rápida desaparición. Pero después llegaríamos a la posibilidad de que la misma Iria fuese un puerto en algún momento anterior. De hecho, si trazamos una línea que siga la curva de nivel de los diez metros, aquella por debajo de la cual están todas las áreas susceptibles de ser resultado de ese proceso de colmatación de un área costera a la que nos estamos refiriendo, obtenemos una hipotética antigua línea de costa en la que coinciden todos los enclaves arqueológicos romanos de la zona, incluyendo aquel en el que se supone estaba la propia Iria. El resultado es una relativamente amplia ensenada a la que verterían sus aguas tanto el Ulla como los que hoy son considerados sus afluentes, el Valga y particularmente el Sar, dado que sería en su desembocadura donde se situaría una posible relación directa de Iria con el mar, no lejos del lugar que aún hoy se conoce como «Portocobo» y en el que aparecen abundantes restos romanos. Un hecho que tendría constatación en la antigüedad, pues explicaría por qué Plinio menciona el Sar (*Sars*) en su lista de ríos gallegos de la costa atlántica; mención que al mismo tiempo ofrece una cronología para nuestra propuesta: el siglo I d. de C.

LA GEOGRAFÍA OCULTA: EL ESPACIO INTERPRETADO

Si hasta ahora afrontábamos la compleja cuestión de la reconstrucción de la realidad física del área de Iria en la antigüedad, ahora debemos dirigir nuestra mirada hacia otras dimensiones de lo geográfico. Entender la creación y evolución de las realidades históricas en las que se desarrollan las tradiciones jacobeanas necesita no sólo de la realidad física sobre la que se asientan, sino también de cómo ésta fue entendida e interpretada por los actores de esa historia. Para ello hemos de tener en cuenta los diferentes significados que el espacio puede tener para quienes vayan a establecerse en él, o aquellos otros de los que se le puede dotar. Y el área que

tratamos, dada su condición geoestratégica, resulta particularmente polisémica.

En primer lugar estamos en un lugar de paso, como se ha venido comúnmente reiterando hasta ahora. El cruce de una vía de comunicación terrestre: la meridiana gallega, de disposición norte-sur, y otra fluvial o terrestre-fluvial: el río Ulla, de disposición este-oeste, y el carácter extenso de ambas, define un punto crucial en el sistema de comunicación natural de la mitad occidental de Galicia y sus posibles proyecciones, tanto hacia el este como hacia el sur. La prueba está en que este sistema ha sido utilizado a lo largo de toda la historia de Galicia, desde tiempos prehistóricos hasta la actualidad. Unas condiciones que se intensifican si además, como hemos visto, anteriormente existe otra vía, la marítima, que dota a este espacio de una nueva conexión de mayor envergadura: la salida al mar, una puerta hacia el exterior.

Lugar de paso, área evidentemente propicia para el intercambio, tanto interior, como exterior. Un papel que siempre se ha reivindicado para Iria y su entorno. Las pruebas las encontramos en los restos arqueológicos que evidencian una intensa vida desde finales de la Edad del Bronce, precisamente desde los tiempos en los que se intensificaban las relaciones con el exterior y en las que éstas parece influyeron en el desarrollo interno. Situación que se intensifica en tiempos posteriores, alcanzando su momento álgido en los tiempos de los primeros contactos con el mundo romano, como demuestran los abundantes restos vinculados al comercio con el ámbito meridional dragados en la parte baja del río Ulla.

Ensenada



Lugar de paso, pero también lugar de encuentro entre realidades diversas. Entonces también límite, frontera entre esas realidades. Interior *versus* exterior, tierra *versus* mar. No podemos olvidar esta otra dimensión: conocido *versus* desconocido; propio *versus* extraño, que dota a la antigua ensenada de connotaciones políticas e ideológicas. Una ensenada que era desembocadura del principal río de la Galicia atlántica, al que la interpretación común de las fuentes antiguas dota de un carácter de frontera entre las realidades étnico-políticas del mundo galaico-prerromano. En el área que ahora estudiamos se trataría de la frontera entre Cáporos y Cilenos, algo que podría tener que ver con la amplia dispersión de restos a ambas orillas de la primitiva ensenada, pero también con el papel político que tuvo desde un primer momento Iria.

Condiciones todas ellas que derivan en la interpretación sacralizada del espacio, con expresiones que recuerdan incluso su ritualización. Armas arrojadas a las aguas en la prehistoria, producto de pactos o acuerdos, exvotos o conflictos. Las enigmáticas *arae augusti*, como término de la conquista del territorio, en una interpretación similar a la que algún autor otorga a las «aras sextianas» de algo más al norte. Interpretación de esta área que tiempo después nos recordará el Pseudo-Turpín, cuando narra la llegada de Carlomagno: «Después de haber visitado la Tumba de Santiago, llegó a Padrón sin hallar resistencia y clavó una lanza en el mar, dando gracias a Dios y a Santiago por haberle llevado hasta allí, y dijo que ya no podía ir más adelante». Construcción o simple definición de espacios sagrados que en época romana se asoman a los bordes de la laguna-ensenada, adquiriendo especial relevancia cultos que como Neptuno se relacionan directamente con la esencia misma del lugar. Aspectos estos, difíciles, delicados en ocasiones, y siempre esquivos, con los que únicamente queremos llamar la atención sobre el hecho, que debiera ser obvio, de la complejidad del enclave de Iria, complejidad que debe ser tenida en cuenta en su evolución histórica y que tiene sin duda algún papel en la originalidad de la tradición jacobea.



Formación y organización de un territorio

TIEMPOS DE CAMBIO

Antes de tratar la cuestión del origen de la Iria romana y los acontecimientos que lo rodearon, tenemos que hacer un breve comentario de cómo está la investigación arqueológica en la zona y con qué datos contamos a la hora de hacer una lectura de la formación y desarrollo de la base histórica sobre la que se asientan las tradiciones jacobea. En primer lugar, especialmente grave resulta la falta de datos, derivada de la escasez de trabajos arqueológicos o las limitaciones y/o desconocimiento de los que se efectuaron. Esto explica que, a pesar de la intensidad de los trabajos de prospección o de excavación con carácter de urgencia realizados en los últimos años, nosotros apenas podamos añadir grandes novedades al repertorio que se venía manejando hasta hace relativamente poco tiempo y que se basaba en los ya mencionados trabajos de López Ferreiro y sus colaboradores, o en los efectuados mucho después por Manuel Chamoso en el entorno de la actual Colegiata de Iria.

No obstante, la relectura necesaria de esas informaciones antiguas, o simplemente el sacar a la luz algunas todavía no conocidas, nos permite afrontar nuestra tarea sin temer el pecar de reiteración con respecto a trabajos que nos precedieron. A ello hay que sumar unos escasos pero relevantes trabajos recientes que permiten, si no aumentar significativamente nuestra base empírica pues algunos aún no han sido dados a conocer en detalle, sí entender de otra manera aquellos que se venían utilizando. Y unos y otros posibilitan, en fin, la reflexión sobre las viejas cuestiones aportando nuevas perspectivas y nuevas propuestas para el conocimiento del marco en el que surge la tradición jacobea.

Los primeros indicios de un cambio en el área de Iria apuntan al siglo I a. de C. Los objetos arqueológicos indican una fase



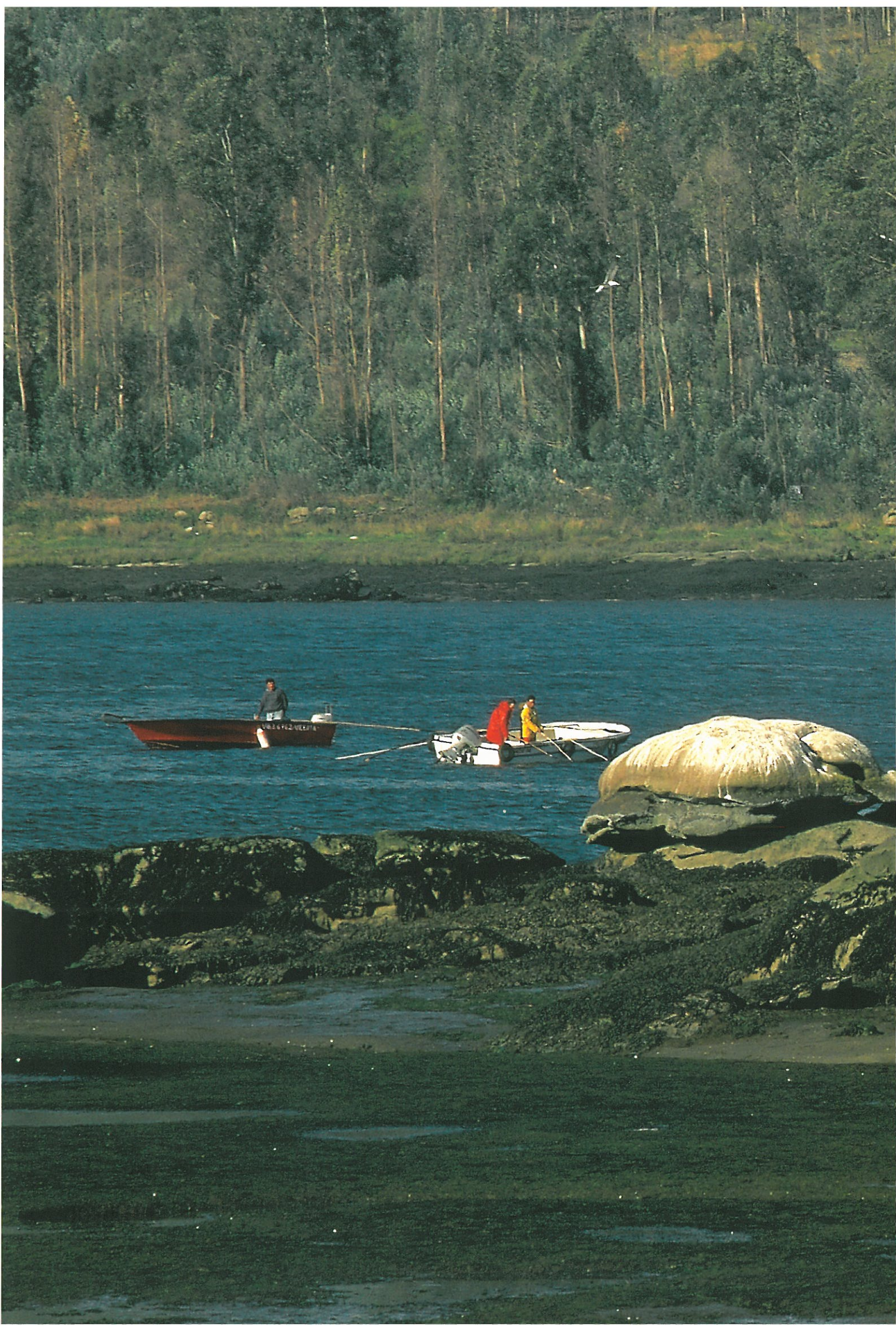
previa de uso del enclave con fines comerciales. Nos referimos a la llegada de objetos de importación como ánforas o cerámicas de lujo a un ámbito aún indígena, y testimoniados en yacimientos tanto terrestres como acuáticos, pero siempre vinculados a la línea de costa: fundamentalmente pecios en la actual desembocadura del río Ulla y el enclave de Oeste, que la domina y sería clave también en la antigüedad en el acceso al área de Iria. Se trataría de la proyección hacia el interior de una realidad que está ampliamente constatada en toda la costa gallega, y en este caso la continuidad de los episodios que afectan a la ría de Arousa, con ejemplos tan destacados como A Lanzada, en el exterior de la ría, o Aobre, en el centro. Una realidad que como en estos yacimientos tenía ya una amplia trayectoria, como demostraría la abundante presencia de objetos de finales de la Edad del Bronce, tanto en el lecho del río como en sus inmediaciones, o la presencia de importaciones mediterráneas en el interior de la cuenca del Ulla.

Aunque todos esos elementos mencionados evidencien un contacto directo con el mundo romano y la aceptación de algunos elementos significativos de su cultura, no parece ser hasta los primeros tiempos del siglo I d. de C. cuando encontremos unos enclaves que reflejen ya claramente la asimilación de la cultura romana. Enclaves que serán creados *ex novo*, dada la escasa presencia de material indígena en el que mejor conocemos: Iria. Ambos siguen ubicados en la línea de costa, o muy próximos a ella, pero no serán ya meros receptores de objetos y en Iria parece definirse además ya desde muy pronto una estructura semiurbana, lo que implica una clara ruptura con el mundo indígena precedente. No podemos precisar las fechas de la creación de estos nuevos establecimientos, pero parece seguro que existían ya en tiempos de la dinastía Julio-Claudia. La presencia de determinados objetos así lo parece indicar: recipientes de *terra sigillata itálica*, alguna cerámica pintada iberorromana, o algunos fragmentos de cerámicas castreñas tardías, así como la abundancia de numismática iberorromana o de los primeros tiempos del Imperio, en especial acuñaciones de Tiberio. La pre-

sencia de miliarios de esos mismos momentos en el entorno, es otro elemento a tomar en cuenta. Aunque hemos de reconocer que el grueso de los restos arqueológicos antiguos apuntan más a la segunda mitad de esa centuria. Queda por aclarar cuál era el significado de estas fundaciones, algo importante para entender su papel y su relevancia en los tiempos posteriores.

Hasta ahora se ha venido haciendo hincapié en un aspecto obvio de la fundación de Iria y los yacimientos con ella relacionados. Se trataba de su posición en una encrucijada clave para las relaciones en la *Gallaecia*, tanto interiores como exteriores. Iria y los enclaves relacionados con ella serían la respuesta romana a esas condiciones, que se expresaría al mismo tiempo que la construcción de las grandes vías, en particular la XIX, Braga-Lugo, que pasaría por aquí, y en relación con la fundación de *Lucus Augusti*, que tendría, además, en Iria una posible salida al mar. Iria respondería así al aprovechamiento por parte de Roma de una situación preexistente, sólo que ahora inscrita en una realidad nueva, tanto en lo material (vías de comunicación) como en lo político (articulación administrativa del territorio a partir de la creación de *Lucus Augusti*).

Sin embargo, se ha tendido a olvidar el papel de la propia Iria en esa nueva realidad histórica. Se ha minusvalorado que en torno a Iria existe una posible amplia área de influencia directa para explotar y organizar, que necesitaba de un centro en clave romana desde el que dirigir y transformar ese nuevo territorio. Las pautas, como en la función portuaria, ya estaban dadas. En primer término por la propia geografía, en la relación con la amplia cuenca del río Ulla, en la que abundaban los metalotectos de estaño y el oro aluvial explotados ya desde la Edad del Bronce y que explican, en parte, la abundante presencia de armas de esa época en el lecho de la desembocadura de este río o la llegada de productos mediterráneos a los castros de esa zona. En segundo término, por la geopolítica del mundo prerromano. Iria se incluye en el ámbi-

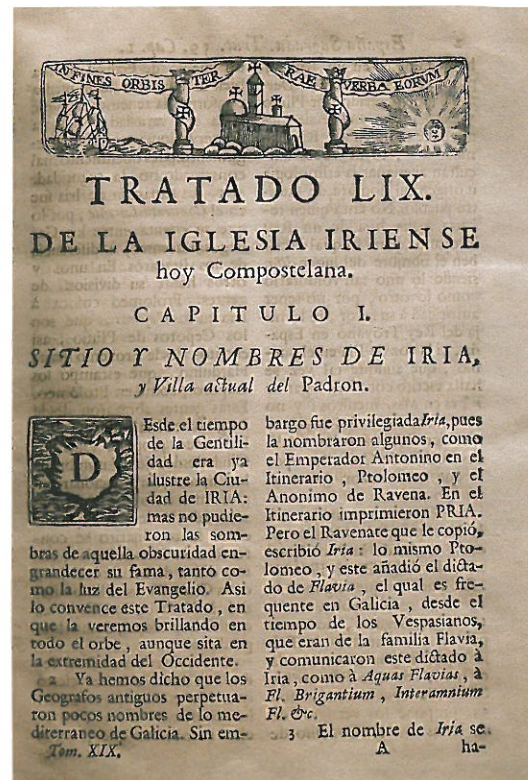




to de los Cáporos, en el que también aparece *Lucus Augusti*, lo cual, además de relacionar a ambos núcleos, coloca al espacio de Iria como la primitiva salida al mar de Lugo, algo que debió asumir el Imperio en un primer momento, pero también del amplio territorio que existe entre ambos enclaves, al menos en el espacio definido por los cursos de los ríos Tambre y Ulla. Ambas condiciones hacían de Iria una pieza clave para intervenir en la Galicia central, a la sombra y en relación directa con la capital del territorio administrativo definido por Roma: el *conventus lucensis*.

En un primer momento la intervención se debió de centrar en una intensa explotación del territorio, dirigida fundamentalmente hacia su riqueza metalífera. Los indicios de minería antigua en esta vasta zona son cada vez más abundantes. A los ya conocidos en tierras del río Deza se suman otros nuevos en la orilla norte del Ulla; a la famosa explotación del Pico Sacro, nuevos episodios en el entorno del Sar. Así, no resulta extraño que en las minas de estaño de las tierras del Deza apareciese un conjunto de monedas prácticamente idéntico al que se registró en Monte do Porto o al que aparece disperso en el entorno de Iria: acuñaciones iberorromanas e imperiales centradas en la dinastía Julio-Claudia, en particular Tiberio y Nerón. Tampoco, que el entorno de Iria sea particularmente rico en tesoros de este momento: tesoriillos de Monte do Porto en Pontecesures (Pontevedra) y Ortoñoño en Ames (A Coruña), que quizás sucedan a otros posiblemente anteriores y en clave indígena: tesoro de torques de «Cruceiro da Coruña» en Santiago y el de arracadas de «Recouso» en Oroso (A Coruña). Tenemos datos, por otra parte, que hablan de una temprana romanización de esta área geográfica, en donde a la intensidad de la presencia romana en la desembocadura del Ulla, responde una aparente temprana transformación del mundo indígena en la orilla sur de la cuenca de este río. La posible expresión de este papel, y su relativa antigüedad, la encontraríamos en la condición de «foro» que, probablemente, la epigrafía del «Pedrón» le atribuye a Iria.

La solución tradicional tendía a identificar a Iria como parte de un proceso que se entendía como general para la romaniza-



Iria, primitiva salida al mar de
Lugo, fue con probabilidad pieza
clave en la intervención romana
sobre la Galicia central.

Texto alusivo a Iria en
la «España Sagrada»
del Padre Flórez.
(Biblioteca del Real
Consulado de A Coruña).

↑ IMAGEN SUPERIOR

ción de la *Gallaecia*. Se trataba de la asimilación de una comunidad indígena, identificada con uno de sus característicos poblados: un castro, que mediante la transformación de éste o su traslado al área baja inmediata expresaba los cambios que el Imperio estaba impulsando. Este esquema genérico contiene un apriorismo de carácter ideológico, más que metodológico: lo indígena parecía desempeñar el papel fundamental y apostaba por la continuidad frente a la nueva situación, cuestionando implícitamente la propia romanización. Además, resultaba fácil de aplicar, pues siempre era posible encontrar un yacimiento castreño más o menos próximo al lugar en el que se sitúa el nuevo enclave romano. Sin embargo, Iria se manifiesta como una creación romana *ex novo*, es decir, sin un precedente indígena inmediato y bajo fórmulas básicamente romanas. Las razones de esta lectura están en el emplazamiento del nuevo poblado, la inexistencia de un gran poblado indígena en las inmediaciones y los restos arqueológicos que hablan de una nueva concepción del lugar de habitación y un consumo claramente definido por pautas estrictamente romanas o romanizadas.

Los cambios fueron más allá de la creación de ese nuevo núcleo de población. Antiguos núcleos parecen manifestar un incremento en sus actividades y otros nuevos surgen. Entre los primeros, el situado en Oeste, un antiguo asentamiento indígena en un lugar estratégico que ahora parece cobrar mayor importancia, aún sin perder su carácter vinculado a la realidad precedente. Del resto de los asentamientos indígenas de la zona carecemos de datos con respecto a su comportamiento en estos momentos, salvo apuntes en algunos de ellos de una temprana participación en este proceso de cambios, al menos con la recepción de objetos de lujo o quizás de nuevas costumbres en ámbitos domésticos. Es el caso del Castro Lupario, con presencia de numismas de una relativa antigüedad, o de la presencia de cerámicas finas romanas en castros del interior. En principio hemos de considerar que, como ocurre en otras partes del Noroeste hispánico, los antiguos establecimientos castreños, o una parte de ellos, sigan definiendo el poblamiento en esta época, debiendo dirigir nuestra atención a aquellos que ocupan posiciones estratégicas y muestran una prolongada ocupación, o a aquellos otros de meno-

res dimensiones que se disponen en tierras bajas y con clara vocación agrícola.

Entre los establecimientos de posible nueva creación, Monte Porto en Pontecesures. Aún con menos información que con respecto a Iria, lo que nos impide descartar que acogiese un asentamiento anterior, parece ser en este momento cuando cobra un impulso decisivo, manifestando patrones similares a los de Iria. Mejor situada que ésta en lo que respecta a la navegación, por resultar mucho más accesible como demuestra su todavía cercanía al lecho del río, ofrece además indicios de estar pensada para las actividades portuarias que aún recuerda su nombre. Si, como entendieron algunos autores, fue creada *ex novo* para servir de puerto a Iria, o si simplemente era una alternativa a ésta en la orilla opuesta del amplio estuario, que respondía originalmente a una entidad política diferenciada (¿los Cileni?), lo cierto es que a partir de ahora formarán durante siglos un binomio inseparable en la interpretación de esta área geográfica como punto neurálgico para las comunicaciones y la circulación de mercancías en la *Gallaecia*. Comunicaciones y circulación de bienes y personas que en estos momentos empiezan a ser sustentadas por un sistema viario de nueva creación y que se expresara en la llamada vía XIX que une *Bracara Augusta*, *Lucus Augusti* y *Asturica Augusta*, las tres capitales de las nuevas entidades jurídico-administrativas en las que se organiza el noroeste hispánico como parte del Imperio romano. El carácter de fundación augustea de las tres ciudades, la evidencia de que esa vía u otras anexas —recordemos el no lejano miliario de Calígula en Aixón— se construyen a principios de la dinastía Julio-Claudia, y que Iria aparece vinculada como *mansio* a esa vía, nos confirman lo que venimos apuntando: la probable fundación de Iria en tiempos de Tiberio o Calígula (es decir en el segundo cuarto del siglo I).

Otros cambios ya detectados en estos momentos tempranos son los que atañen al mundo de las creencias. Puede, además, que nos encontremos ya ahora con uno de los referentes de la tradición jacobea. Se trata del «Pedrón», pues si aceptamos que hace referencia a Iria como «foro» —recordemos la última lectura de la inscripción como: *Neptuno For(o) I(ri)e(n)ses*

D(e) S(uo) P(osuerunt)— hemos de entenderlo como una manifestación de culto propio ya de estos momentos. El hecho de que se trate de un monumento votivo dedicado a Neptuno señala que uno de los primeros cultos establecidos por Roma —no olvidemos que ese Dios estaba particularmente ligado a los cultos oficiales del Imperio— es aquél que simboliza también una de las razones de la existencia de Iria, lo que es decir del interés y actuación romana en el entorno del primitivo estuario del Ulla: la condición portuaria y la relación con el mar. Puede que en estos mismos momentos asistamos también a la presencia de la religiosidad prerromana y al fenómeno de sincretismo entre los cultos o los rituales romanos y los indígenas. Una fenomenología aparentemente con escasas manifestaciones en esta área, pero con una bastante significativa: el ara dedicada a «...*erbo Erbieco*» de San Pedro de Herbogo; en la que el epíteto «*erbieco*», que incluye la característica terminación *-oecus/oegus* y que da origen al propio nombre de Herbogo, hace referencia a la denominación indígena del lugar concreto en el que se le rendía culto a esa divinidad, o quizás mejor al área geográfica, pues el mismo *erb-* lo encontramos de nuevo como raíz en Herbón —en la Edad Media: «*Orbonem*»—, en el otro extremo de la cuenca del río Sar y al que como en el anterior se ha añadido posteriormente una hache epentética.

También en estos primeros momentos de la romanidad del territorio iriense empiezan a surgir otro tipo de manifestaciones ideológicas, como puede ser la utilización del ritual funerario propiamente romano por gentes que vienen del exterior, dentro del proceso de colonización ligado al mencionado proceso de organización y explotación del territorio por parte de Roma, tal y como lo vemos en otros enclaves similares del Noroeste hispánico. Algunas estelas funerarias lamentablemente desaparecidas parecen indicar que algo similar ocurre en Iria y su entorno. Es el caso de la atribuida a un tal Cambabio, en la que una reciente reinterpretación parece encontrar de nuevo una referencia al *Forum Iriensium*, u otra de lectura más dudosa referida a una *Flavia Tertulla*. Pero el carácter de piezas perdidas y sólo conocidas por referencias de autores antiguos nos obliga a mantenernos cautos con respecto a esta integración en la primera etapa de la romanización.

EN LOS CONFINES DE LA GALLAECIA

Una vez definidas las claves de la romanización del primitivo estuario del Ulla y el papel desempeñado por Iria, nos enfrentamos a la evolución y significado de esta área geográfica dentro de un territorio ya plenamente integrado en el marco del Imperio romano y que llegará a convertirse en provincia dentro del mismo: la *Gallaecia*. Sin embargo, antes tenemos que atender a un proceso histórico que significará el paso definitivo en esa integración. Si a lo largo del siglo I se sentaron las bases tanto materiales como ideológicas, será a finales de éste cuando se reconozca definitivamente esa integración: la aparición de Iria Flavia.

La concesión del *Ius Latii* por parte del emperador Vespasiano supone unos cambios en el Imperio que han sido abundantemente tratados y a los que no nos vamos a referir aquí, porque nos exceden tanto en capacidad como en espacio. Como tampoco lo haremos con respecto a los cambios que este hecho y toda la política de la dinastía Flavia desarrollan en el territorio de la *Gallaecia*. Pero sí interesa insistir en que ambos afectan de manera directa a Iria, como evidencia el epíteto Flavia con el que pasará a la historia. Lamentablemente las excavaciones realizadas en el yacimiento arqueológico no nos permiten saber cómo afectó el nuevo status a su configuración. Recientes trabajos nos ofrecen la imagen de un pequeño poblado con carácter semiurbano, en el que destaca un urbanismo ortogonal y por lo tanto planificado según criterios ajenos al mundo prerromano. Sin embargo, no podemos decir que ese urbanismo sea producto de los cambios de finales del siglo I y no de momentos anteriores, aunque las escasas informaciones dadas a conocer parezcan situarnos cuando menos en la segunda mitad del siglo I y no antes.

Lo cierto es que esos restos arqueológicos indican que será a partir de este momento cuando Iria alcance su esplendor y adquiera todo su peso. La ingente cantidad de cerámicas de calidad, como eran las llamadas *terras sigillatas*, ahora producidas en talleres riojanos, es decir en *Hispania*, señalan un alto nivel de vida, si no, como propone algún investigador, un papel para Iria como posible centro redistribuidor de este tipo

de cerámica cara a su comercialización por el ámbito atlántico. Las cerámicas comunes de carácter romano y posible elaboración en *Lucus*, otras especies de lujo, los vidrios y algún bronce, especialmente el pequeño toro identificado como representación del *Buey Apis* —deidad de origen egipcio adoptada por el mundo romano—, son todas expresiones de un mundo culturalmente romano, rico económicamente y con estrechos vínculos con el exterior. Una imagen que volvemos a encontrar en los otros enclaves: las escasas informaciones sobre Monte do Porto también señalan este momento como el principal y con características similares a Iria, aunque con aquél aparentemente más acusado carácter portuario.

Además, en este momento cobran protagonismo otro tipo de manifestaciones que nos hablan de la importancia del lugar, pero sobre todo de su activa participación en la construcción de una romanidad galaica. Nos referimos a las estelas funerarias que, además de informarnos sobre la asimilación de las nuevas costumbres funerarias y el proceso de latinización, hablan de la existencia de un taller escultórico que trabaja ya en claves galaico-romanas. Aún teniendo en cuenta la escasez de lo conservado, en claro contraste con la entidad del enclave, podemos entrever una elaboración cuidada a pesar de la sencillez de unas formas que expresan una gran unidad formal y decorativa, propia de un núcleo de producción específico. Las estelas de remate semicircular, con una decoración exclusivamente basada en el creciente o los arcos en la parte superior, representan el modelo propio de este taller que se proyecta, además, hacia el área de influencia de Iria; una parte de estas piezas fueron integradas en un centro de producción definido recientemente como grupo Caldas-Padrón. La regularidad en las proporciones, la sobriedad decorativa y el tratamiento cuidado del granito son las señas de identidad estilística de una producción de calidad que se mueve en un ámbito estético claramente romano, pero provincial, frente a producciones de áreas próximas pero de carácter marcadamente rural, como los grupos de las tierras interiores de la cuenca del río Ulla o el de la comarca coruñesa de A Barcala.

Los cambios en este momento no sólo afectaron a Iria o a los otros enclaves del primer momento, sino a todo el conjunto

del poblamiento del área geográfica en torno al estuario del Ulla. Un fenómeno que se extiende más allá de lo inmediato, a toda el área de influencia, y que responde a pautas que van a ser genéricas para todo el Noroeste. Ahora van a aparecer nuevos asentamientos que responden a necesidades propias de una realidad ya totalmente asumida: la integración en el orbe romano. Se trata de la evolución lógica de lo acontecido a lo largo del siglo I d. de C. Mucho nos falta por investigar en la actual comarca compostelana para conocer esta compleja y rica realidad histórica a ubicar en los siglos II y III d. de C., pero sin embargo tenemos indicios reveladores de su importancia. Dispersos fundamentalmente por el valle del río Sar, encontramos manifestaciones de esa romanidad en altares votivos como el dedicado a la *Pietas* por un veterano de la *Legio VII Gemina*; culto eminentemente romano que de nuevo encontramos en Catoira (Pontevedra). A ellos hemos de vincular, también, el establecimiento de centros de culto nuevos, como los de San Pedro de Herbogo (Rois, A Coruña) o el de San Xulián de Requeixo (Pontecesures, Pontevedra), donde la asimilación de las divinidades romanas parece clara, aunque puedan esconder preferencias o interpretaciones todavía con influencias de lo prerromano. Así, estos lugares reúnen monumentos votivos, *arae*, que formalmente reflejan los hábitos romanos, dedicados a deidades como Júpiter, o los Lares Viales; al lado, quizás, pues la fechación de los monumentos es dudosa, de monumentos aislados que insisten en esas condiciones, como el ara a Mercurio (Valga, Pontevedra). Pero también de escasos ejemplos de viejas divinidades indígenas que aún conservan sus nombres, caso del ara dedicada a Bandua de Catoira. Destaca, pues, la clara asimilación de lo romano, al menos formalmente, frente al indigenismo de la etapa anterior o de otras áreas de la *Gallaecia*.

No sólo se crean nuevos lugares para el culto, también aquellos otros que hablan del dinamismo económico y la nueva concepción del territorio. Será en estos momentos cuando aparezcan las primeras *villae*, como la de Cirro (Brión, A Coruña), cuyos restos evidencian una creación en el siglo II y una importante actividad en esta fase. También podría atribuirse a ese momento un horno para cerámica constructiva, todavía en el valle del Sar y no muy lejos de la anterior. Restos disper-



Iglesia de San Xulián de
Pontecesures. Pontevedra.



sos por toda esta área geográfica y todavía no estudiados nos hablan de que ambos ejemplos no son únicos, sino parte de un entramado socio-económico complejo, articulado por vías de comunicación secundarias que se traslucen en la posterior red viaria medieval.



Los orígenes de Compostela

Es en ese marco donde encontramos las primeras evidencias de ocupación humana en el solar compostelano. El primer problema, y quizás el de más difícil solución, es el de reconstruir cómo era ese antiguo asentamiento. En primer lugar, tenemos que afrontar la cuestión de sus dimensiones. Es ya casi una convicción generalizada que estamos ante un enclave de tamaño reducido y centrado en el espacio ocupado actualmente por la Catedral y su entorno inmediato. Resulta más difícil precisar los límites del espacio ocupado, pues conforme nos alejamos de la Catedral y nos introducimos en el marco urbano, aumentan los riesgos de haber perdido cualquier referencia a la ocupación romana, aunque realmente pueda haber existido. La dispersión actual de los restos afecta al solar ocupado por la Catedral, el claustro catedralicio, la Plaza de la Quintana y, quizás, la rúa Azabachería y los inicios de las rúas Do Vilar y Nova. También es un lugar común concebir la disposición de este yacimiento en función de un cami-

no, al borde del que se ubicaría, y que corresponde a una importante vía de comunicaciones dentro de la *Gallaecia* romana. Camino que se identifica a su paso por Compostela con dos de las salidas fundamentales de la posterior ciudad medieval: el último tramo del Camino Francés y el que conducía a Iria Flavia y la costa.

En segundo lugar, hemos de atender a la posible configuración del yacimiento. Los restos constructivos atribuibles a este primer momento son difíciles de encontrar, por los problemas apuntados con respecto al terreno y el registro arqueológico, pero sobre todo por tratarse de un poblado que va a tener una larga vida, en la que necesariamente se produjeron importantes cambios que afectaron a la configuración interna del enclave, con modificaciones muy importantes de sus arquitecturas. Finalmente, en los primeros tiempos medievales lo que quedaba de esos antiguos edificios fue reaprovechado para la construcción del *locus Sancti Iacobi*. Así, las estructuras originales han quedado reducidas en la actualidad a los escasos restos de un muro realizado con sillares graníticos, no muy grandes y quizás de cara externa almohadillada, que sólo prueban la existencia de construcciones de cierta calidad, pero no permiten definir las.

Otra estructura que también fue atribuida a esta época es un gran muro que aparece reaprovechado como cimentación del muro de cierre oriental del brazo sur del crucero de la catedral románica. Estamos ante el resto arquitectónico de mayor envergadura, realizado con mampostería granítica en la que se evidencian importantes procesos de remodelación con la inclusión de ladrillos reaprovechados de construcciones anteriores. Se ubica entre los restos constructivos a los que nos referimos en primer lugar y la actual Plaza de la Quintana, y resulta prácticamente perpendicular al mausoleo. La sugerencia de que podría tratarse de un muro de aterrazamiento del espacio ocupado hoy por la mencionada plaza y que en la antigüedad albergaría una parte importante del poblado romano resulta atractiva, y la existencia de una pequeña escalinata adosada hablaría en favor de esta posibilidad, pero se enfrenta al hecho de que su altura en relación a los restos de ese poblado define más un muro de cierre que no de soporte de los mismos. Además, volvemos a encontrarnos con el problema de la existencia del reaprovechamiento de una misma



IGLESIA DE SAN JUAN
SIGLO XVII

estructura en momentos históricos distintos. A la vista de su función actual en el marco del edificio románico, parece clara su utilización en la alta Edad Media como cerca del primitivo Monasterio de Antealtares, e incluso las mencionadas remodelaciones señalan una posible existencia anterior. El problema está en definir el cuándo de la construcción original.

Finalmente, tenemos los restos de edificaciones aparecidas en la Quintana. Se trata de una arquitectura realizada con mampostería de esquisto, la piedra local, pero con la reutilización para los ángulos y posibles accesos de sillares graníticos de buena calidad. De nuevo una reutilización que enmarca el paso de una arquitectura granítica de buena calidad a otra de menor calidad y realizada con la piedra local. De nuevo el problema de identificar a qué momento corresponde cada una de ellas. Parece seguro que la segunda, por su posición y sus características, corresponde a los primitivos edificios monasteriales de Antealtares, mientras que la primera cabe retrotraerla a la Antigüedad y con unos orígenes próximos a los del poblado romano, tal y como certifican los restos arqueológicos hallados en esta área. Restos que además permiten cuando menos afirmar que en ese momento existió aquí un pozo como parte de las estructuras de ese primitivo asentamiento.

Al lado de las estructuras propias del poblado, están aquellas que nos remiten a la existencia de un cementerio en sus inmediaciones; al lado de un espacio para la vida se necesitaba otro para la muerte. Lamentablemente, la única estructura atribuible a ese cementerio es también una de las más problemáticas por su significación, así como por tener un uso continuado hasta nuestros días, unas veces funerario y otras funerario-cultural, lo que supuso sufrir remodelaciones parciales a lo largo del tiempo. Nos referimos al gran mausoleo funerario, hoy entendido como tumba del Apóstol. Las excavaciones realizadas a fines del siglo pasado por A. López Ferreiro pusieron al descubierto lo que actualmente se presenta en forma de cripta bajo el Altar Mayor de la Catedral. Los restos conservados nos hablan del acondicionamiento de un espacio más o menos cuadrangular dentro de un terreno en declive.

Espacio que estaba ocupado por un recinto delimitado al menos en tres de sus lados por un cierre pétreo. Este recinto albergaba en su interior un edificio cuadrado, aparentemente cerrado en sus cuatro caras. Ambos aparecen realizados mediante sillería de granito de gran calidad, dispuesta a soga y tizón o en otros tipos de fábrica entre la que parece detectarse la presencia de sillares almohadillados.

El interior de lo que parece corresponder a la parte baja de un pequeño edificio estaba dividido en dos mitades por un muro de mampostería. La mitad este aparece rellena de tierra y cubierta por un suelo en el que se conservaban restos de un mosaico con decoración de tipo vegetal. Es en esta parte donde la tradición y las distintas interpretaciones del recinto sitúan la tumba del Apóstol, y hoy alberga la urna que contiene las reliquias. La mitad oeste resulta más compleja en su definición, quizás por haber sufrido cambios a lo largo de su existencia. En las excavaciones de López Ferreiro se presenta como otro espacio colmatado y rematado en un suelo de ladrillo, que albergaba en el norte y sur, respectivamente, dos tumbas de ladrillos adosadas a las paredes del recinto. Estos receptáculos han sido identificados como las tumbas de los dos discípulos que, según la tradición, acompañaron al cadáver del Apóstol en su traslado a Compostela. Pero estas tumbas ofrecen indicios de no haber estado siempre bajo tierra, e incluso bajo ellas parecieron descubrirse en la intervención efectuada por Manuel Chamoso los restos de lo que sería un nivel de suelo anterior a la presencia de dichas estructuras tumulares.

Más problemas presenta la reconstrucción de la parte alta de este edificio, aquella que según las fuentes contendría el primitivo altar en el que se rendía culto a las reliquias, pues las fuentes resultan confusas y ha sido la parte más afectada por la evolución de la basílica, si es que no se hallaba ya fuertemente alterada en el momento de su descubrimiento. Existen básicamente dos posturas al respecto en la investigación reciente, ambas sobre el supuesto de que lo que acabamos de describir corresponde a un primer cuerpo de un edificio más

complejo. Una propone la existencia de una única estancia superior, por lo general de carácter sencillo; mientras que la segunda opta por un edificio más complejo con dos plantas, la primera totalmente cerrada y abovedada y la segunda más amplia y abierta al exterior.

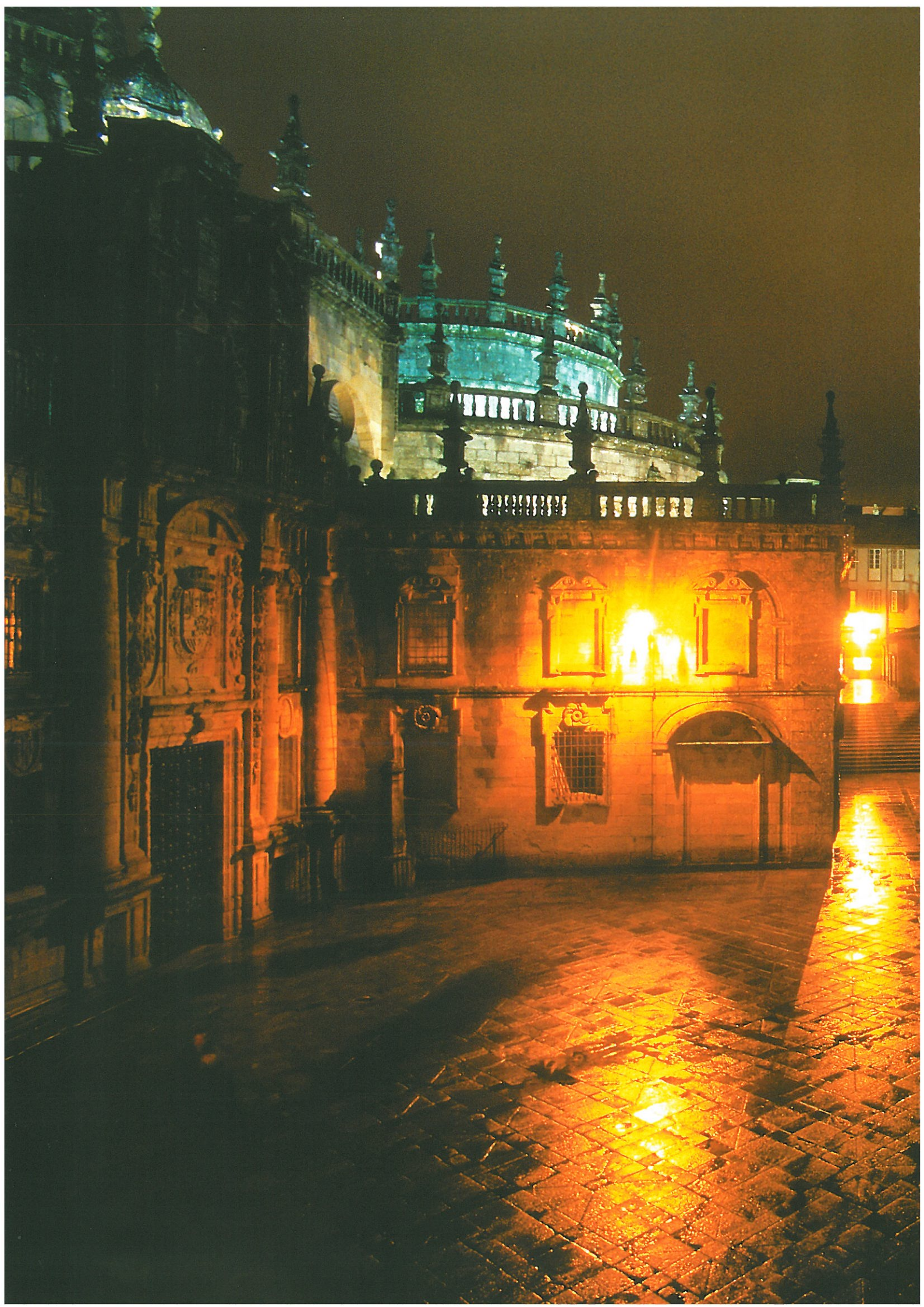
La calidad de esta arquitectura encaja con las escasas construcciones atribuibles a esta etapa, pero difiere claramente de las posteriores, cuya fábrica será ostensiblemente de peor calidad. La probable atribución de la placa de San Paio de Antealtares, propia de un monumento funerario de inicios del siglo II, y la existencia de este tipo de monumento en enclaves próximos en lo geográfico y semejantes en la caracterización, redundan en la atribución que proponemos. Más difíciles resultan de encajar aquí el pavimento musivario de la mitad oriental del mausoleo y los restos arqueológicos recuperados en el interior del mismo, a los que podría relacionarse con una reutilización posterior de esta arquitectura funeraria.

La presencia de un mausoleo nos habla de la probable existencia de un cementerio, hecho que está comprobado por las noticias de estelas funerarias en el entorno de la Catedral, visibles aún en el siglo XVI pero hoy desaparecidas. No conocemos las características exactas de este cementerio, pero, por la época y el tipo de enclave arqueológico, puede que estemos ante una necrópolis de incineración que se dispondría no muy lejos y, muy probablemente, en el entorno del camino que pasaba al lado del asentamiento.

En arqueología, la existencia de un núcleo habitado, de un espacio vivido, no se expresa sólo en los restos de las construcciones que lo configuraron; también, y en ocasiones en mayor medida, en aquéllos que dejó tras de sí la vida desarrollada en esos edificios. Nos referimos a los pequeños objetos en general vinculados a la vida cotidiana que nos ofrecen una imprescindible información sobre prácticamente todos los aspectos de la existencia del poblado. En primer lugar, la cerámica, el objeto más abundante en el registro arqueológico, que aquí se nos presenta como una pequeña muestra en la

que destaca una importante presencia de cerámicas de lujo, basada fundamentalmente en las producciones de *terra sigillata hispanica* de los alfares riojanos —cerámica hecha a molde a partir de unas arcillas seleccionadas y depuradas que son recubiertas de un característico barniz rojo, o en colores afines—, con ejemplos que responden a una gran cantidad de tipos distintos de recipientes —platos, cuencos, fuentes, botellas—, y en algún caso indican la existencia ya desde los primeros tiempos del poblado de servicios de mesa estandarizados, caso de un tipo de copa y de plato que aparecen generalmente asociados en contextos similares. A estas producciones se añaden, aunque ya en menor cantidad, ejemplos de cerámicas pintadas hispanorromanas, de posible origen meseteño, o de las conocidas como «paredes finas», que proceden en su mayoría de la producción realizada en lo que actualmente es el ayuntamiento zamorano de Melgar de Tera.

También se incluyen cerámicas de uso común todavía en el ámbito de una tradición culturalmente inscribible dentro de lo romano, que posiblemente respondan a la temprana implantación de dicha tradición en la alfarería del nuevo marco urbano del noroeste, especialmente, dada su proximidad y ascendencia social y administrativa, en *Lucus Augusti*. Predominan las cerámicas de color gris, con superficies pulidas y una por lo general cuidada decoración bruñida, que corresponde a recipientes de pequeño y mediano tamaño y formas variadas: cuencos, jarras y otros. Destaca en este contexto un fragmento de pastas claras que refleja una imitación de un recipiente concreto de *terra sigillata*, pero realizada sobre fórmulas más simples. Una carencia significativa, dada su abundancia en contextos romanos, es la cerámica de contención y transporte, particularmente las ánforas de las que tenemos apenas algún pequeño fragmento de difícil identificación. Finalmente, hemos de mencionar algunos escasos ejemplos de la presencia de productos de la alfarería de tradición local, cuyas raíces están en el mundo castreño de la Edad del Hierro, pero que aquí se nos presentan en manifestaciones ya tardías —siglo I a. de C./siglo I d. de C.— dentro de esa alfarería y posiblemente vinculadas a una *facies* costera de la misma.





Plaza de la Quintana.
Santiago de Compostela.

↑ PÁG. ANTERIOR

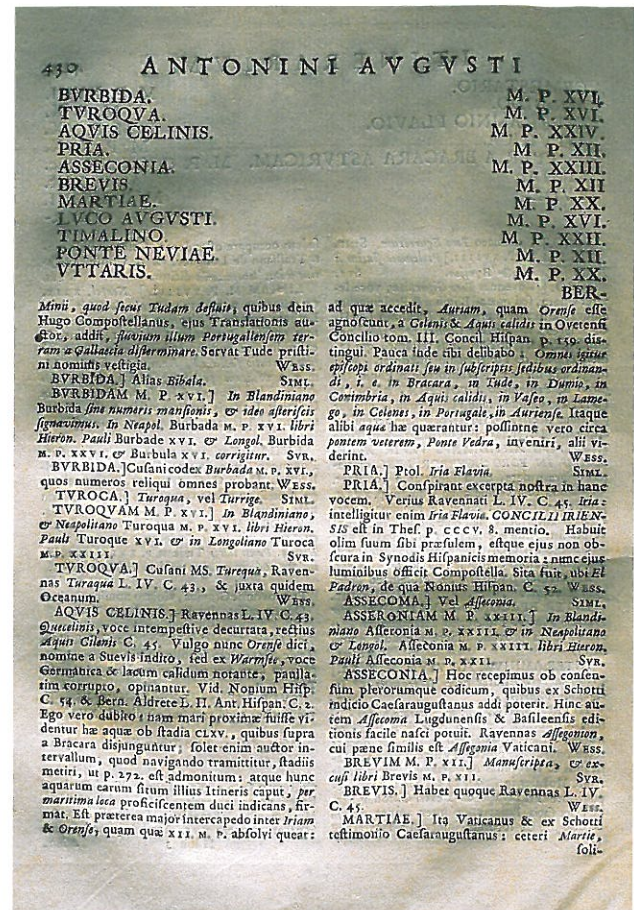
Más allá del componente cerámico, pocos son los elementos que nos ilustran la vida en los primeros tiempos de este enclave. Destacan restos que nos remiten a una actividad metalúrgica, como un molde de tradición prerromana para fundir placas y barras de bronce, a las que se pueden asociar restos de piezas de este metal que corresponden a tiempos muy anteriores, pero que pueden estar aquí como chatarra para refundir. La presencia de alguna «fusayola» nos habla de actividades textiles, también dentro de la tradición indígena y con carácter doméstico.

Un conjunto de materiales que cabe interpretar como expresión de una demanda dominada por hábitos y/o gustos que se enmarcan dentro de lo estrictamente romano, por lo que podemos asegurar que atienden a las necesidades de una población de origen romano o muy romanizado, y no al sustrato poblacional indígena, que, como sabemos por otros ejemplos, sigue empleando en gran medida recipientes realizados según pautas de la alfarería propia. Sustrato indígena que, paradójicamente, sí aparece representado en alguna de las actividades que se desarrollaban en el poblado. Al mismo tiempo expresa una existencia del enclave arqueológico que arranca de la segunda mitad del siglo I d. de C. para perdurar hasta el siglo III.



De los hechos a los significados. La interpretación de las evidencias arqueológicas

Los todavía escasos y, en ocasiones, problemáticos indicios apuntan a un pequeño establecimiento creado *ex novo* con construcciones de cierta entidad, por su fábrica y dimensiones, que se disponían de una manera organizada, quizás con una preparación previa del espacio a ocupar, presuponiendo la existencia de un esquema previo y funciones bien definidas, en una ladera por la que discurría una vía de comunicación, a la que hemos de suponer de importancia para esta área de la *Gallaecia* romana y un papel en la propia disposición del poblado. De lo que no cabe duda es de la plena romanidad



Página de una edición del «Itinerario» de Antonino en que se cita «Asseconia». (Biblioteca del Real Consulado de A Coruña).

↑ IMAGEN SUPERIOR

No cabe duda de la plena romanidad
de una parte importante de las gentes
que construyen este nuevo enclave,
quizás debido en buena medida a
un origen foráneo de las mismas.

de una parte importante de las gentes que construyen este nuevo enclave, quizás debido en buena medida a un origen foráneo de las mismas, pues esa condición aparece claramente reflejada en sus cerámicas y en los materiales que usan para sus construcciones. De esa condición foránea tenemos además evidencias directas en los textos de los monumentos funerarios que conformaban el primitivo cementerio compostelano. En esos textos encontramos los nombres y a veces incluso el parentesco del contingente humano que dio vida al nuevo enclave. Así, los Atius, Flaccinius, Numerius, Aquilia, etc., se entienden a sí mismos como romanos y, en consecuencia, rinden culto a los dioses romanos y se entierran a la manera romana, como también lo hará el único indígena de nombre conocido, un Proculus Camalus de la tribu de los Grovios, y por tanto también foráneo, sólo que ahora de un área distinta y posiblemente más romanizada de la *Gallaecia*, el sur de la actual provincia de Pontevedra.

El contexto histórico de esta primera ocupación está en el rápido proceso de integración del occidente gallego en las estructuras del Imperio Romano que se desarrolla a partir de inicios del siglo I d. de C. Este proceso romanizador se manifiesta en la implantación de elementos de nuevo cuño en la interpretación del territorio, expresado a través de una nueva red viaria que unirá pueblos recién fundados y ajenos al viejo poblamiento indígena. Elementos que también estarán presentes en la reestructuración socioeconómica que afecta a toda la *Gallaecia*, y que, sobre las mencionadas bases infraestructurales, va a tener expresiones destacadas en la aparición de nuevas actividades económicas, en la implantación definitiva de una economía monetaria y en la normalización de las redes comerciales; procesos en los que se integra el mundo indígena, impregnando de rasgos autóctonos a la sociedad y cultura provincial romana que surge especialmente a partir del siglo II d. de C.

Una de las posibles identificaciones de este poblado, aquélla que señalábamos como la más aceptada por la investigación, consiste en la mansión viaria conocida como *Asseconia*, perteneciente a la vía XIX que partiendo de *Bracara* se dirige a

Asturica, cruzando buena parte del actual territorio gallego y que conocemos por las citas de las fuentes itinerarias antiguas, por los restos arqueológicos y la epigrafía. Se trataría de la séptima mansión desde que la vía XIX sale de *Bracara* para alcanzar la depresión meridiana gallega, en las actuales provincias de Pontevedra y A Coruña, hasta la actual Compostela, en donde se desviaría en dirección a *Lucus Augusti* para, desde aquí, dirigirse hacia *Asturica*. En el área compostelana este camino discurriría, según los autores que aceptan su paso por aquí y utilizando el actual callejero urbano, por Conxo, Rapa da Folla, Porta Faxeira y Rúa do Franco, para continuar, una vez pasada la *mansio*, por Azabachería, Cervantes, Casas Reais y Rúa de San Pedro, coincidiendo en este último tramo con el que será posteriormente Camino «Francés» de peregrinación a Compostela.

Esta mansión aparece citada como *Asseconia* o *Assegonia* en las fuentes clásicas, como el llamado *Itinerario Antonino*. Esta obra es la fuente más importante para el conocimiento de las vías romanas por recoger 372 vías terrestres, de las cuales 34 corresponden a *Hispania*, dándonos el nombre de las mansiones de cada vía y la distancia que hay entre ellas señaladas en millas o en algún caso en estadios. Su fecha de redacción es el siglo III, pero tiene algunos añadidos del siglo IV. Según el *Itinerario*, *Asseconia* pertenecería a la mencionada vía XIX y estaría situada a trece millas de la anterior mansión de *Iria* o *Tria*, que estaría en la actual Iria Flavia o sus cercanías, lo que equivale a los veinte kilómetros que distan actualmente Iria y Compostela. La siguiente mansión en dirección a *Lucus* sería la de *Brevis*, que, ubicada a 22 millas de *Asseconia*, se localiza en el lugar de Castrofeito, O Pino (A Coruña), en donde han aparecido restos arqueológicos semejantes a los que aquí presentamos.

Otra fuente clásica que nombra a *Asseconia* es el llamado *Anónimo de Rávena*, en realidad una recopilación del siglo IX que maneja documentación de los siglos IV o V. En ella aparece como *Assegonion* y figura con antelación a *Iria*, pues en este caso la descripción de la vía se realiza en sentido inverso a la del *Itinerario*, desde *Asturica* a *Bracara*. Otra fuente anti-

gua que menciona esta mansión son las *Tablas de barro de Astorga*. Se trata de cuatro planchas de barro cocido en forma de tablas en las que se citan varios itinerarios. Aunque algunas fueron consideradas falsas, una de ellas, la número 2, es aceptada como auténtica. Finalmente, vuelve a aparecer mencionada en la reconstrucción realizada de la *Tabula Peutingeriana* que fue escrita a fines del siglo XII o comienzos del siguiente, pero copiando originales del siglo V.

De no ser cierta esta hipótesis de interpretación de los restos romanos de Compostela, dado que la visión sobre las vías romanas en esta área de la *Gallaecia* es todavía muy confusa e insegura en aspectos esenciales —de ahí la gran disparidad de opiniones que existe al respecto entre los distintos investigadores que se han ocupado del tema—, lo que sí parece confirmado es que el primitivo asentamiento de Compostela estaría en cualquier caso vinculado a esa red viaria, en la cual parece desempeñar un importante papel de nudo vertebrador de las diferentes vías secundarias que permitirían el desarrollo de las comunicaciones internas del noroeste de la *Gallaecia*. Esta condición parece demostrada por su supervivencia en los primeros tiempos de la Compostela altomedieval, como señaló F. López Alsina, con el encuentro de cinco vías distintas: las que unían Santiago con Iria y Santiago con O Pino, y que dada la frecuente superposición entre caminos medievales y caminos romanos podría corresponder a la mencionada vía XIX; la vía de Santiago a Sigüeiro, que podría corresponder a parte de una vía secundaria que uniese a Iria con *Brigantium* (Coruña); la vía de Santiago a Brandomil, que podría corresponder a una vía secundaria que uniese la vía XIX y la vía XX (*per loca marítima*), a la que algunos autores hacen pasar por ese lugar en el que han salido a la luz una serie de vestigios de nuevo semejantes en caracterización y cronología a Compostela o Castrofeito. Finalmente, otra vía conduciría desde Santiago a Ourense, para la que tenemos también evidencias de claros precedentes en época romana.

Aparte de ese importante nudo viario y del paso, quizás, de una de las grandes vías de comunicación entre los centros neurálgicos de esta parte del Imperio Romano, no podemos

descartar otras posibles funciones del enclave. Una de las apuntadas por algún autor fue la religiosa o cultural, pero para ella no tenemos más datos que alguna inscripción votiva, que no tiene por qué implicar nada más que un acto de culto concreto y puntual, y la existencia de arquitecturas de cierto empaque, aunque éstas no puedan ser definidas, salvo en el caso del mausoleo funerario. Otra es un posible papel económico en la organización del territorio inmediato, como complemento del principal enclave de la zona que fue sin duda Iria.

En definitiva, tanto la propia creación de un sistema de comunicaciones terrestres adaptado a las premisas romanas, como la aún más temprana aparición de un núcleo de nueva planta y cierta relevancia, como es el caso que tratamos, certifican un alto grado de integración del cuadrante noroccidental galaico en el mundo romano en momentos relativamente tempranos, en torno a mediados del siglo I e inicios del siglo II. Circunstancia que evidencian expresiones arqueológicas como el miliario de Calígula aparecido en Aixón, o la presencia de cerámicas de época altoimperial temprana, si no anteriores, en Iria. Otros indicios son el importante tesorillo de moneda de plata —denarios— de Augusto y Tiberio aparecido en Ortoño, o la acumulación de evidencias epigráficas en distintos puntos de esta área. Aparte Iria Flavia, encontramos concentraciones significativas en Santa Comba, Brandomil, O Pino o A Baña, con la incorporación, como en Compostela, de una onomástica que por su contenido —nombres latinos e incluso griegos— o formulación presenta a un importante segmento romano o romanizado dentro del ámbito social existente, que sólo es explicable por un proceso de colonización, que afectará principalmente a los estratos sociales altos y medios, como motor de la adhesión material e ideológica a Roma de esta parte de la *Gallaecia*.

La existencia de estelas funerarias, de las que no conocemos la forma pero sí el carácter marcadamente romano de las inscripciones, o la presencia de un ara dedicada a Júpiter, contenidas en ambas, son hechos que vuelven a identificar este enclave con el de Iria y su entorno inmediato, de los que por otra

parte apenas se distancia y con los que posiblemente estaría unido por la vía XIX. Sólo nos resta reseñar que Compostela abunda en ese carácter de colonización romana que parece definir el punto de partida de la organización de este territorio, especialmente a fines del siglo I d. de C., como nos lo demuestra la presencia de un mausoleo y la lápida funeraria de mármol que se puede vincular a él —altar de San Paio de Antealtares—, así como la existencia de gentes de cultura latina y probablemente procedentes de otras partes del Imperio.



Un contexto para la tradición jacobea

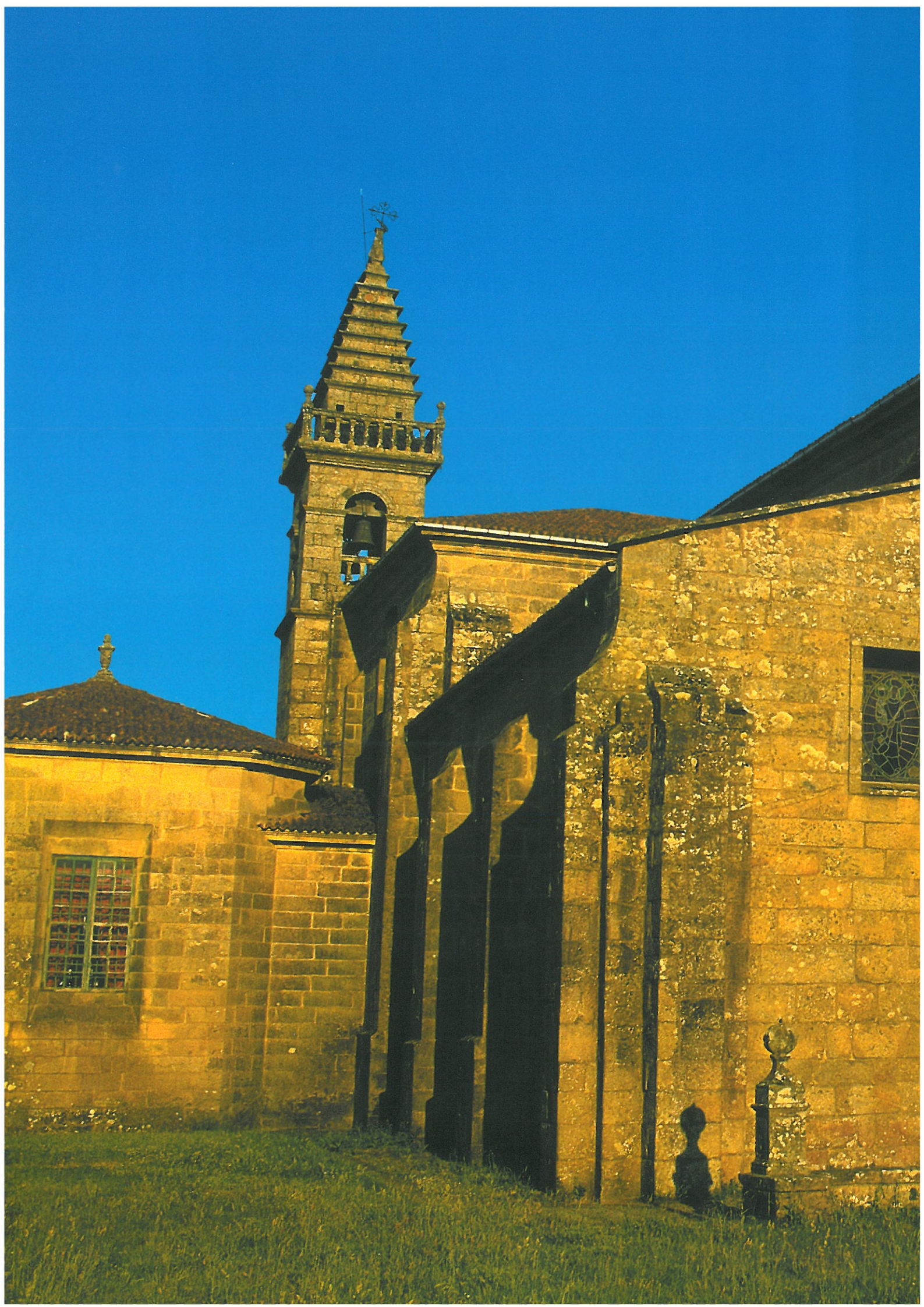
LA TARDORROMANIDAD: ENTRE LA CONTINUIDAD Y EL CAMBIO

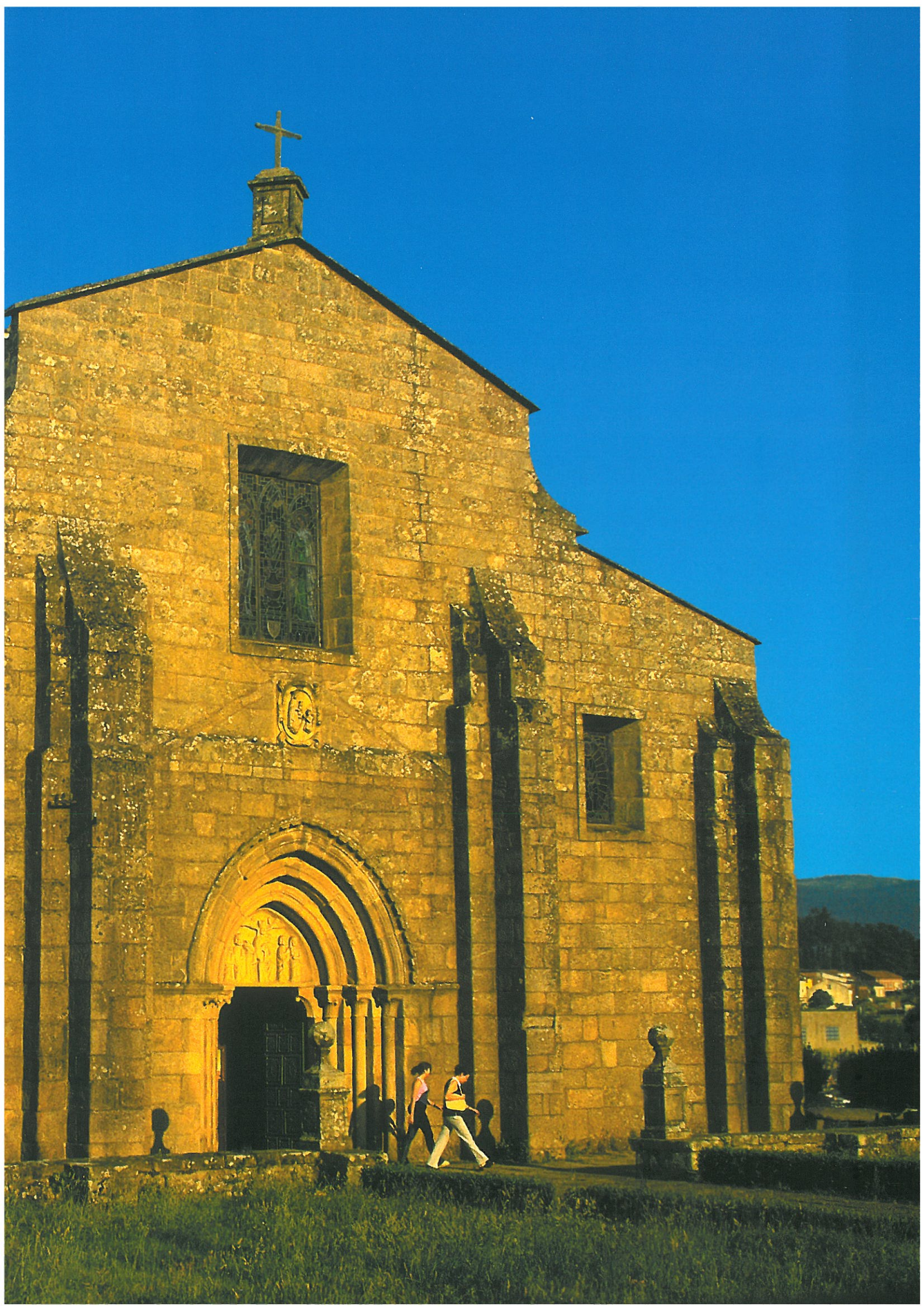
La primera impresión que tenemos de Iria en los siglos finales del Imperio Romano es la de la continuidad de sus trazos esenciales. Al menos eso es lo que parecen expresar los restos arqueológicos hasta ahora disponibles para los siglos IV y V. Es cierto que existe una pérdida de la calidad y la cantidad de los objetos referidos al ámbito doméstico; algo por otra parte general a los yacimientos arqueológicos de esta época. También es posible que asistamos a una reorganización interna del poblado. Quizás en estos momentos Iria empiece a manifestar dificultades en su papel como puerto, pues posiblemente ya se empiece a notar de forma significativa el proceso de drenaje del antiguo estuario. Un papel que ya habría sido en parte devaluado con anterioridad por la competencia de *Brigantium*, cuyo desarrollo inicial parece ser un poco posterior a Iria, y al que ahora podrían sumarse enclaves como el de Vigo. También hemos de tener en cuenta el agotamiento de aquellos recursos metalíferos que habían tenido un destacado papel en la fundación del enclave.

A pesar de esos posibles condicionantes negativos, Iria seguía siendo un enclave fundamental en las comunicaciones de la *Gallaecia*, tanto interiores como con el exterior. Y se manifiesta como un enclave en plena pujanza, aunque en los pará-

metros de una nueva época. Así, sigue el flujo de material cerámico de calidad, tanto las importadas —las sigillatas tardías y sus derivados, las sigillatas africanas— como las producciones locales —*sensu lato*—: cerámicas comunes tardías, cerámicas de barniz rojo o cerámicas pintadas; además de los vidrios y objetos de metal. Objetos identificables frente a mercancías más difíciles de precisar, pero también procedentes del exterior y de las que hablan los restos anfóricos hallados en el lecho del río Ulla. No obstante, el elemento que demuestra de manera más contundente la pujanza de Iria en esta etapa van a ser las monedas, pues han sido muchas las halladas en las excavaciones realizadas en el entorno de la Colegiata de Santa María. Siempre en forma de piezas de escaso valor —pequeños bronce— y muy mal conservadas, constituyen un rico conjunto, centrado principalmente en torno a la primera mitad del siglo IV, en el que parecen convivir las piezas sueltas con los tesoriillos, aunque las condiciones de los hallazgos nos impiden precisar mucho en este sentido.

Salvo la numismática, todos los otros tipos de hallazgos expresan una aparente menor cantidad que en tiempos precedentes, aunque hemos de tener en cuenta que sobre esa visión inciden los cambios en la cultura material y los problemas del registro arqueológico. Por otra parte, ésta es una circunstancia que parece ser común a los yacimientos de esta época: se trataría más de un problema general que de una situación específica de Iria y su entorno. Entorno que sigue manifestando una intensa actividad humana, referida a los enclaves ya conocidos, a pesar de que muchos de ellos parecen manifestar de manera más acusada que Iria cierta decadencia. Es el caso de los enclaves vinculados al mar y con posibles funciones en el tráfico marítimo. Dentro de los escasos datos de que disponemos, constatamos continuidad en la ocupación de lugares como Monte do Porto, aunque apenas por la supuesta presencia de monedas de esta época; y también en Torres de Oeste, pero aparentemente de manera aún más limitada. Mejor suerte parecen haber corrido los yacimientos del interior. Así, el enclave compostelano manifiesta —como Iria— más un cambio en la cultura material que una decadencia en su actividad y significado, mientras que la villa





Colegiata de Iria Flavia.
Padrón. A Coruña.



PÁG. ANTERIOR

de Cirro parece alcanzar ahora su etapa de máximo apogeo; a éstos hemos de sumar otros enclaves dispersos por el valle del Sar o sus inmediaciones que todavía no están suficientemente definidos.

DE NUEVO COMPOSTELA: LA ÉPOCA BAJOIMPERIAL

No resulta fácil diferenciar cambios en la que suponemos amplia vida del poblado romano en Compostela. Los restos arqueológicos son todavía escasos y poco clarificadores en conjunto, aunque apuntan a la equiparación de este caso a otros de características similares pero mejor conocidos dentro de la *Gallaecia*, ahora ya constituida en provincia del Imperio Romano. Por otra parte, las pautas históricas generales que hablan de dos momentos bien diferenciados en todo el orbe romano, la propia diversidad de esos restos arqueológicos y algunos indicios en los escasos restos arquitectónicos conservados, nos permiten señalar algunos matices en la persistencia de este poblado entre los siglos III y V.

En el ámbito de las estructuras arquitectónicas, hemos de volver de nuevo a los restos de muros conservados bajo el actual brazo sur del crucero. Lo que se vino considerando como restos de unas antiguas termas romanas, es en realidad la expresión de una serie de arquitecturas que se suceden en un mismo espacio y comparten algunos de sus elementos fundamentales, en un proceso claro de reaprovechamiento continuado de las estructuras más antiguas. Ya hemos visto cómo aquí parecía ubicarse algún edificio de la primera época, aunque no podamos conocer las características del mismo. A esa primera construcción suceden al menos otros tres momentos distintos. El primero de ellos define la parte baja de un gran edificio realizado con mampostería bien de granito, bien de esquisto. De dicho edificio se conservan los arranques de un gran arco, realizado con ladrillos cuadrangulares trabados con argamasa y perteneciente, quizás, a una gran dependencia inferior abovedada, y los muros de un espacio menor, cuyo suelo parece que estaba pavimentado con ladrillos. Esta arquitectura es alterada con posterioridad, primero cegando el arco

y posteriormente reforzando los muros y abriendo nuevos vanos. Un último momento incluye el añadido de nuevas estancias con paredes mucho más toscas.

El segundo momento es el que podemos atribuir a la época bajoimperial romana, aunque sea dudosa su identificación como termas, toda vez que los argumentos que se esgrimían resultan erróneos y carecemos de otros que apunten en esa dirección. No se puede negar que estamos ante los restos de un gran edificio, en el que cambia el tipo de construcción con respecto a la etapa precedente, y que debe señalar importantes modificaciones en la organización del enclave. Este edificio será abandonado y entre sus muros surgirá una necrópolis, para, en tiempos ya muy posteriores —el siglo IX—, ser reaprovechado en parte en la realización de nuevas arquitecturas, propias de otras circunstancias y otros tiempos.

La existencia de arquitecturas no sólo se refleja en la conservación de sus muros, puesto que de ellas también formaban parte los pavimentos, los techos y otros componentes en los que existían o se necesitaban materiales distintos de la piedra para su realización. De la madera y otros materiales perecederos no nos ha llegado nada, dadas sus dificultades de conservación, pero no ocurre lo mismo con los realizados en cerámica. Así, a lo largo del subsuelo de la Catedral es frecuente la aparición de restos constructivos realizados en cerámica, que surgen generalmente dentro de horizontes arqueológicos que significan la destrucción, y en ocasiones también mezcla y traslado, de otros más antiguos. Esto se refleja en la amplia dispersión de los hallazgos, así como en la generalmente mala conservación de los mismos, lo que limita la seguridad a la hora de identificar su utilización original. Limitación que se ve agravada por la frecuencia en la reutilización de estos materiales, en ocasiones en estructuras o épocas que ya nada tienen que ver con las originales. Sin embargo, por sus características técnicas son adscribibles en gran parte al mundo antiguo, especialmente a la etapa que ahora tratamos, y evidencian la entidad de las arquitecturas que configuraron el enclave romano que precedió a la actual Compostela.



En prácticamente todas las intervenciones arqueológicas efectuadas en la Catedral y su entorno se han hallado restos de *tegulas* —la característica teja plana romana—, por lo general muy fragmentada, con su típica forma rectangular de lados mayores apesañados y en ocasiones con marcas o signos. A éstas acompañaban en la configuración de las techumbres unas tejas curvas, llamadas *imbrices*, que resultan más difíciles de identificar por sus semejanzas con otras similares, pero de tiempos muy posteriores. Mucho más frecuentes son los ladrillos, de forma en general prismática, pero distintos en tamaño y elaboración. También se detecta la presencia de losas pavimentales, por lo general cuadradas y no muy gruesas, pero también rectangulares y gruesas; su función es básicamente pavimental aunque en ocasiones pueden confundirse con los ladrillos por cumplir funciones más propias de éstos, como en la construcción de arcos. Estas dos últimas fórmulas resultan más difíciles de adscribir cronológicamente, debido a una sencillez en formas y elaboración que las hace perdurar idénticas hasta tiempos relativamente recientes.

Iria
Flavia

Detalle de la portada de la
Colegiata de Iria Flavia.
Padrón. A Coruña

↑ IMAGEN SUPERIOR

Si los edificios son relevantes por su significación, serán, sin embargo, los objetos en tanto que reflejo de la cotidianeidad los que expresen de manera más nítida la existencia de cambios en la vida del poblado. Entre éstos, los recipientes cerámicos tienen un papel determinante, dada su mayor abundancia en el registro arqueológico y, también, una mayor permeabilidad a la evolución de los hábitos culturales y de los cambios socioculturales. Los restos cerámicos que implican unos recipientes de cierta calidad, que incluso cabría interpretar como muestras de una vajilla de lujo, decaen en calidad y pierden peso frente a aquellos recipientes de uso más común. Apenas unos escasos fragmentos de las producciones tardías de *terra sigillata hispanica* y algunas cerámicas pintadas, y quizás alguna alfarería que surge ahora, como las llamadas grises paleocristianas, expresan ese apartado y nos hablan de la continuidad en la adquisición de cerámicas de amplia difusión y, en ocasiones, fabricación foránea. Todavía cabe añadir entre la cerámica de especial calidad la pervivencia de producciones, ahora ya regionales, de platos o fuentes caracterizados por la aplicación de engobe a las superficies del recipiente, que adquiere así una característica coloración rojiza.

En las producciones para el uso común continúan los recipientes de buena elaboración y un característico color gris, aunque empeora su calidad y son acompañados ahora por una alfarería que recuerda a las tradiciones prerromanas, en la simplicidad de sus formas y el retroceso técnico de su elaboración. Si las primeras aún nos remiten a unas producciones estandarizadas y de proyección regional, estas últimas nos sitúan ante una producción local o, cuando menos, de escasa proyección en lo geográfico. Se trata, en definitiva, de asumir las nuevas pautas del consumo y la producción alfarera, en la que se evidencian cambios en el gusto, con la aparición de nuevas cerámicas y la desaparición de otras de gran arraigo, así como también mayores restricciones en la producción y circulación de los productos cerámicos.

De este momento disponemos, además, de alguna evidencia numismática, que si bien por su escasez no nos ofrece gran información, nos ayuda, al menos, a concretar las fechas en

que nos movemos. Se trata de dos pequeños bronce hallados bajo la actual basílica; uno de ellos resulta inidentificable por su mal estado de conservación, mientras que el otro es una acuñación del emperador Constancio II (324-361). Una tercera pieza apareció en excavaciones efectuadas en la actual calle de la Azabachería, certificando la incidencia en esa área del yacimiento romano. Se trata de un bronce del emperador Magno Máximo acuñado en *Arelatum* (actual Arlés, en Francia), con una cronología más tardía que los anteriores (entre el 383-388), que nos acerca ya al siglo V.

Una cuestión fundamental es la referida a lo acontecido con el cementerio. Como hemos expuesto, está constatada su existencia anterior, por lo que debemos entender que, si continuó el poblado, otro tanto debió de ocurrir con el espacio dedicado a sus muertos. Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que los cambios acontecidos en el espacio habitado también podrían haber tenido reflejo en el ámbito cementerial, y que en el siglo III se produce una importante modificación en el ritual funerario en el orbe romano, como será la sustitución paulatina de la incineración por la inhumación, y, por otra parte, a partir del siglo IV, hemos de tener en cuenta la posibilidad de entrada en escena del ritual cristiano, cuya implantación en la *Gallaecia* romana resulta todavía oscura.

La investigación jacobea supuso la existencia de una necrópolis tardorromana a partir de las tumbas aparecidas a mayor profundidad en el subsuelo de la basílica, en una lectura evolutiva que entendía que en los restos conservados se reflejaba de manera un tanto esquemática el discurso histórico para la transición de la bajorromanidad a la alta Edad Media. Así, se propuso una secuencia que contemplaba la existencia sucesiva de un cementerio hispanorromano, otro germánico y el altomedieval. Solución que fue aceptada acríticamente por la investigación en general, por lo que la necrópolis se convirtió en la realidad arqueológica de la Compostela antigua que mayor proyección tuvo en los estudios arqueológicos e históricos sobre la *Gallaecia* tardorromana y tempranomedieval, y pasó no sólo a formar parte del *corpus* de necrópolis tardoantiguas, sino a convertirse incluso en un referente dentro de dichos estudios.

Sin embargo, la realidad arqueológica es mucho más compleja, y, a la hora de definir e interpretar la realidad funeraria conservada en el subsuelo compostelano, es necesario atender en primer lugar a los problemas que nos plantea la mera identificación de los restos conservados. Identificación problemática especialmente cuando, como en este caso, se produce una continuidad de uso del espacio funerario por largo tiempo y con escasas variaciones en el ritual utilizado, aquí agravada por la incidencia de otro tipo de estructuras que se sucedieron en ese espacio hasta nuestros días, con su correlato de remoción y destrucción de lo preexistente. En estos momentos sólo podemos atribuir al cementerio del poblado bajoimperial algunas de las tumbas de la gran necrópolis que perdurara en los siglos siguientes, y a la que nos referiremos en el siguiente apartado, como pueden ser la excavadas en la roca base y con forma de bañera, y a la probable existencia, como ya apuntó Guerra Campos, de tumbas de téglulas hoy desaparecidas.

El final del poblado es una de las cuestiones más complejas. La tesis ya clásica de su sustitución por una necrópolis no está exenta de dificultades en su definición y, lo que es más importante, no explica en sí misma el cómo y por qué de tan trascendental transformación, tan sólo la constata. La primera evidencia significativa es la carencia de restos arqueológicos que expresen una presencia humana más allá del siglo V, pero no podemos olvidar lo todavía escasamente conocido que resulta el período temprano medieval en el noroeste. No se han hallado elementos metálicos o cerámicos más característicos de lo que se ha venido llamando etapa «germánica», aunque no faltan cerámicas que, en la dificultad de su identificación con cualquier alfarería conocida, pudiesen hablar de la incidencia de actividades humanas en la zona en los siglos VI y VII. Con respecto a la necrópolis debemos volver a retomar la problemática de su definición si queremos entender lo ocurrido en los últimos tiempos de la ocupación humana en el lugar de la actual Compostela durante la Antigüedad.

La principal dificultad estriba en la existencia de un cementerio posterior de gran entidad y también prolongada pervivencia. Se trata de aquél que surge en torno a las basílicas que se construyen en los tiempos altomedievales para atender al

culto a la tumba del Apóstol y perdura hasta la construcción de la catedral románica. La colisión entre ambos conjuntos funerarios deriva en la destrucción del primero, parte de cuyo espacio parece reocuparse y cuyos materiales pasan a ser reutilizados. La destrucción de sus estructuras y las coincidencias formales entre ambas necrópolis, agravadas éstas por el trasvase de materiales de la antigua a la medieval, genera un registro arqueológico confuso y muy fragmentario.

La necrópolis tardoantigua (siglos V-VII) la encontramos allí donde no fue destruida por la medieval, o en los restos que de la destrucción subsisten en esta última. Existen básicamente dos áreas. Una estaría en el noreste de la Catedral, bajo la actual Capilla de la Corticela y sus aledaños hasta por lo menos la actual calle Vía Sacra. La segunda estaría en el lado opuesto del mausoleo, bajo el actual brazo sur del crucero de la Catedral; asimismo podría existir alguna evidencia en el lugar que posteriormente ocuparán las basílicas prerrománicas, al oeste del Edículo apostólico. Estamos ante una necrópolis que se extiende a lo largo de una ladera en dirección noreste-sudoeste, bastante extensa en función de la dispersión, aunque quizás no demasiado densa, si es que la destrucción posterior no provoca el equívoco. Las tumbas constatadas incluyen las trapezoidales excavadas en la roca que está en la base del terreno —algunas presentan en su interior definido el espacio destinado a la cabeza del cadáver—, las tumbas de ladrillo de forma antropoide y los grandes sarcófagos graníticos con su cubierta decorada con un motivo conocido como «doble estola» o, en un caso, una representación esquemática del difunto en actitud orante. A éstas hay que añadir tumbas de morfología menos definida, por tratarse de fórmulas simples en las que se utilizan lajas o se reaprovechan téglulas para definir el enterramiento. Se trata en todos los casos de inhumaciones del cadáver en posición extendida y carentes de ofrendas que acompañen al muerto en la otra vida, condiciones que hablan a favor de su carácter cristiano. Pero tenemos que insistir en el hecho de que las tumbas no alteradas son escasas, como tampoco puede descartarse la existencia de otras en las que existiesen esas ofrendas, dado que se han recuperado algunos materiales que pudieran haber cumplido esa función.

Los cambios producidos en estos momentos parecen haber afectado también al Edículo, en el que las excavaciones de M. Chamoso Lamas en 1950 permitieron constatar la existencia de importantes remodelaciones que afectaron a su interior, algunas de las cuales hay que atribuir a su uso funerario durante los tiempos antiguos. El principal cambio podría estar en la construcción ahora de un pavimento musivario en una de las partes en que se dividía el edificio. Estos restos fueron hallados por A. López Ferreiro y aparecieron dispersos en la parte superior de lo que, a la postre, constituiría lo que se conservaba del antiguo edificio sepulcral que comenzaba a descubrirse, evidenciando corresponder a un pavimento destruido de dicho edificio: suelo de la mitad oriental, de las dos en que se dividía el edificio, y que supuestamente era la que contenía el sepulcro del Apóstol. Gracias a la aparición de algún fragmento que se disponía en las inmediaciones de los muros de cierre —las alteraciones afectaban al centro de la estructura—, pudo reconstruirse una parte del diseño original, aquélla que correspondía a los extremos de la composición.

Se trata de una decoración en fajas sucesivas que se adaptan a la superficie a cubrir y que de afuera a adentro se pueden definir como: faja de círculos entrelazados, faja blanca, friso de hojas de loto y hojas sueltas enmarcado por filetes almenados; finalmente, una sucesión de un filete oscuro y dos claros que enmarcarían el centro de la composición y donde se interpretó que estaría el sepulcro del Apóstol. La interpretación del mosaico está sujeta a las muchas limitaciones de la información sobre su hallazgo y la escasez de lo conservado. No obstante, todos los autores aceptan la disposición del pavimento dentro del contexto arquitectónico conocido y un carácter funerario, e incluso cristiano, para la composición. Más problemas presenta su datación. La propuesta más aceptada se debe a Fernando Acuña Castroviejo, que lo entendía

como tardío —finales siglo IV o inicios siglo V—, y por lo tanto nos remite a los importantes cambios que en ese momento se estaban produciendo en el enclave compostelano. Otra muestra de una reutilización tardía del edículo son los restos de un collar hallados en su interior, que hemos de entender como ofrenda funeraria y cuyas características los sitúan en un amplio lapso de tiempo que va desde el siglo III al VI, por lo que no sería extraño que acompañasen a cambios producidos a fines del siglo IV o mejor durante la primera mitad del siglo V, y, quizás, no ajenos a la transformación del enclave en necrópolis.



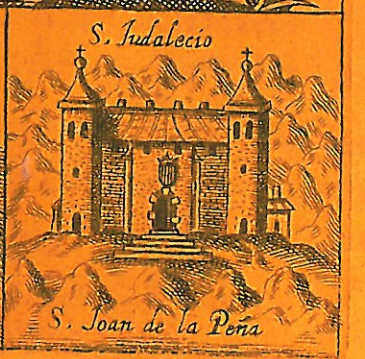
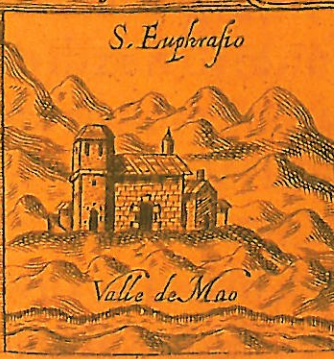
De la cristianización a la Edad Media

IRIA Y SU ENTORNO

Esa problemática de tiempos bajoimperiales se agrava en la etapa siguiente, aquélla en la que perduran los rasgos de la antigüedad tardía pero ya ha desaparecido el poder político romano, dando paso al reino suevo, primero, y a la incorporación en el reino visigótico, después. Ahora es cuando notamos de manera particularmente acusada nuestro desconocimiento sobre el registro arqueológico de esa etapa de la Historia de Galicia —no existen estudios al respecto, apenas referencias a algunos de sus aspectos: metalurgia, enterramientos o arquitectura religiosa—, al tiempo que se intensifican las dificultades de diferenciar su existencia en el contexto de las excavaciones de Iria. La clave de estas dificultades en el ámbito estricto de lo arqueológico se sitúa en la aparición de las necrópolis de inhumación de rito cristiano que se proyectan a tiempos posteriores, de manera que resulta difícil precisar su inclusión en el contexto antiguo frente a las sucesivas remociones de unas formas y unos usos que se mantienen

A los lugares de la tradición apostólica se suman en este grabado los de enterramiento de los llamados «Varones Apostólicos». (Museo de las Peregrinaciones. Santiago de Compostela).

→ P Á G . D E R E C T A



estables a lo largo de mucho tiempo. En definitiva, esta etapa, que sólo encontramos reflejada en el entorno de la Colegiata de Santa María de Iria, nos enfrenta a los cambios del siglo V, con su repercusión estructural y material en el antiguo poblado de Iria y su entorno, al problema de la cristianización, y a las deficiencias de nuestro conocimiento arqueológico sobre este enclave. Será este último aspecto aquél del que debemos partir.

Las investigaciones arqueológicas en Iria suponen unos trabajos cuya amplitud en el tiempo y densidad en sus circunstancias y resultados necesitaría de un tratamiento monográfico. Sólo queremos recordar que arrancan de fines del siglo XIX y se realizaron en tres etapas claramente diferenciadas: la intervención de López Ferreiro y Oviedo y Arce a fines del XIX; los trabajos de Chamoso Lamas entre los años cuarenta y setenta del siglo XX; y las intervenciones realizadas más recientemente (Suárez Otero, Caamaño, Pérez Losada). La incidencia del conjunto de estas intervenciones afectó fundamentalmente al entorno de la colegiata: interior de la basílica, atrio y cementerio anexo. Sólo recientemente, en la tercera etapa y como ya hemos indicado en apartados anteriores, se accedió a un cuarto *locus*, fuera ya del mencionado marco cultural y cementerial pero a no mucha distancia del mismo.

De todos estos trabajos, siguen siendo aquellos realizados por don Manuel Chamoso Lamas los que nos ofrecen una información más amplia sobre la existencia y características de *Iria Flavia* como enclave arqueológico, situación que genera importantes dificultades. La primera consiste en la no publicación de los resultados de esos trabajos. Ni conocemos en detalle cómo se desarrollaron, ni tampoco los restos que fueron exhumados en unos trabajos que fueron extensos y afectaron a lo esencial del yacimiento: interior de la iglesia, una amplia área del atrio y actuaciones puntuales y dispersas en el cementerio. Por otra parte, los pocos datos con que contamos están elaborados a partir no de la descripción de hechos objetivos, sino de la interpretación del propio investigador, quien nos transmite una lectura en clave historiográfica de los restos que fue descubriendo; una lectura que, por otra parte,

este autor reitera en cada yacimiento que excava: Santiago, Rebordáns, Moraime, etc. Manuel Chamoso distingue en Iria, a partir del estrato correspondiente a la utilización actual del espacio afectado, una serie de horizontes que nos remiten fundamentalmente a un marco galaico-romano y temprano medieval (siglos V-VI), en expresión de este investigador, germánico: I. Necrópolis actual; II. Necrópolis «germánica»; III. Necrópolis tardorromana; IV. Asentamiento romano. Todos estos supuestos horizontes tienen, como vemos, una correspondencia aparentemente exacta a una etapa previamente establecida desde la historiografía al uso, sin las normales distorsiones que afectan al registro arqueológico. Llama la atención especialmente que apenas encontramos menciones a niveles propiamente medievales o incluso postmedievales, sorprendente dado que el yacimiento manifiesta una amplia actividad en esa época, en buena parte de la cual mantuvo su importancia como núcleo poblacional y centro religioso. Sólo en ocasiones se registran distorsiones en la necrópolis germánica debidas a la incidencia de actuaciones posteriores, definidas genéricamente como medievales, o referidas a la existencia de una necrópolis de los siglos X y XI. En otras simplemente se propone la continuidad de la necrópolis entre los tiempos «suévicos» y el siglo X.

A pesar de la falta de información y de la problemática de la existente, la observación de los planos, las fotografías y, fundamentalmente, los materiales arqueológicos conservados, nos permiten confirmar que Iria permanece más allá del siglo V, manteniendo aunque de manera atenuada muchos rasgos de momentos anteriores. Siguen apareciendo cerámicas de cierta calidad, como las llamadas durante tiempo «cerámicas grises paleocristianas», e incluso las importadas: restos de ánfora procedente del mediterráneo oriental; pero dentro del contexto de una alfarería de peor calidad y aún por estudiar. Posiblemente algunos vidrios y restos metálicos puedan atribuirse a este momento, mientras que de la moneda tenemos el significativo dato del funcionamiento del lugar como ceca en tiempos suevos, aunque sin constatación arqueológica por el momento. El problema surge cuando queremos entender dónde se ubica y cómo se estructura el poblado, pues las

estructuras resultan confusas y nos enfrentamos al surgimiento de un importante enclave cultural, capaz de acoger a uno de los obispados de la *Gallaecia* de los siglos VI y siguientes. Pero sobre todo, y como ya advertíamos, a la aparición de una extensa necrópolis que permanecerá hasta nuestros días y que, quizás, sucede a otra anterior ahora con un nuevo rito.

Lo cierto es que Iria aparece en estos momentos desempeñando un papel clave en la articulación de la antigua *Gallaecia*, ahora reino suevo independiente y pronto parte del reino visigótico. La aparición de la catedral episcopal, segura al menos para la segunda mitad del siglo VI, significará su conversión en cabecera de una diócesis, de un territorio. Territorio importante no sólo por sus dimensiones, sino por su condición de puente entre las dos *Gallaecias*, la del sur más integrada en el ámbito cultural romano, y la del norte en la que parecen renacer los rasgos prerromanos. Las pruebas arqueológicas, a pesar de las dificultades expuestas, señalan esta importancia. Buena parte de los restos hallados en las intervenciones antiguas, tanto en el interior como en el atrio de la actual Basílica de Santa María, podrían pertenecer a este momento.

Lo seguro es que sí lo son buena parte del importante conjunto de sarcófagos pétreos que pertenecieron a la importante necrópolis generada en torno a la Iglesia-catedral de Santa Eulalia y que manifiestan un resurgir del taller lapidario irienense. La calidad de factura visible en buena parte de estos sarcófagos recuerda aquella que atribuíamos al taller responsable de las estelas de los siglos II y III, particularmente si lo comparamos con sarcófagos del mismo tipo de otras partes del territorio gallego. Condiciones que se repiten, sin embargo, en otras muestras de la zona: Santiago, Catoira... y que hablan de la proyección de estas piezas al entorno inmediato. Área geográfica que, a través de otras manifestaciones, nos habla de nuevo de la importancia de Iria como centro transmisor de ideas y productos, pero también articulador de las circunstancias socioeconómicas del área en torno a la desembocadura del Ulla. A los ejemplos de Santiago e Imo (Catoira) tenemos que añadir piezas como el Cancel de Carcaçá o

la importante Basílica de Setecoros, en donde volvemos a encontrar una posible expresión del taller de cantería de Iria, ahora sobre mármol y realizando tanto piezas complejas al más puro estilo romano tardío, como otras más simples y afectas a los cambios propios del siglo VI.

EL CASO COMPOSTELANO

La necrópolis conocida como «germánica» no supuso en realidad la aparición del uso funerario del área tratada, sino la continuidad de un cementerio preexistente, aunque modificado en forma y, muy especialmente, en concepto. Ahora, al desaparecer aparentemente el uso habitacional con el traslado de la población a otra parte, se destruye la convivencia entre el poblado y el cementerio, para ser sustituido por una única realidad de carácter exclusivamente funerario. Por las fechas que nos ofrece el registro arqueológico, hay que poner en relación esa transformación con la desestructuración de la realidad socio-económica que se produjo a lo largo del convulso siglo V. La pérdida de sentido de la *mansio* viaria, unida a los cambios en el poblamiento que llevaron a una mayor ruralización y dispersión de la población, motivaron el traslado del antiguo poblado o, simplemente, condujeron a su disolución.

Carecemos de datos sobre la reubicación de esa población que abandonó el antiguo poblado, pero, dado que contamos con numerosos ejemplos semejantes para todo el territorio de la antigua *Gallaecia*, podemos afirmar que no responde a una situación exclusiva de este caso concreto. Esta transformación radical responde, muy al contrario, a un amplio proceso de cambios en el poblamiento del noroeste hispánico, que afecta de manera desigual a las antiguas estructuras habitacionales. Mientras algunas parecen perdurar, otras desaparecen; al lado de algunas que cobran mayor importancia, otras la pierden; pero en todas podemos entrever algún tipo de transformación y, al mismo tiempo, surgen otras adaptadas a los nuevos tiempos. La profundidad de estos cambios afectará particularmente al conocimiento arqueológico de esta etapa,

Las fuentes escritas que
refieren el descubrimiento de la
tumba apostólica en el siglo IX
citan la existencia en esos
momentos de un lugar de culto,
que identificamos con la actual
Iglesia de San Fiz de Solovio.

que se enfrenta al cada vez mayor papel de las necrópolis en la estructuración y definición del poblamiento, por lo que tendrá en ellas en mucho mayor medida que en los poblados las fuentes para su construcción. En el caso que tratamos resulta difícil conocer si el cambio llevó a una dispersión de la población existente o simplemente a un traslado del espacio habitado; si se trata de una reorganización del hábitat o de un simple cambio de ubicación del poblado. De lo que no debe caber duda es de la continuidad de un importante grupo humano establecido en las cercanías de lo que ahora será un gran cementerio.

La arqueología no nos ofrece mucha información sobre el o los posibles nuevos asentamientos, pues en el resto del área ocupada por la actual ciudad apenas hay noticias de la aparición de restos dispersos que pudieran corresponder a esta época. Además esos escasos restos, de nuevo referidos al apartado cerámico, carecen de relación con estructura constructiva alguna y pueden responder a la destrucción y desplazamientos parciales de los conjuntos arqueológicos originales, realizados en épocas posteriores y por causas ajenas a los propios restos, como pueden ser los movimientos de tierras y reaprovechamientos de materiales ligados a cambios en las estructuras de la ciudad medieval e, incluso, moderna.

La única luz a este problema surge de las fuentes escritas que hacen referencia al hecho del descubrimiento de la tumba apostólica ya en el siglo IX. En estas fuentes se cita la existencia en esos momentos de un lugar de culto que se identifica con la actual Iglesia de San Fiz de Solovio, aunque la arquitectura hoy conservada corresponda a tiempos muy posteriores. Esta información presupone que, en los tiempos oscuros del siglo VIII, la vieja necrópolis ya estaba abandonada, mientras que en el lado opuesto del espolón montañoso sobre el que se asienta había surgido un nuevo centro cuyas características pueden convertirlo en elemento articulador del poblamiento en la zona e incluso referente para la posible existencia de un pequeño núcleo habitado en sus inmediaciones. Quizás convenga recordar aquí que es cerca de este punto donde encontramos las principales referencias a la

Tímpano de la Iglesia
de San Fiz de Solovio.
Santiago de Compostela.

→ IMAGEN DE CHAL



posible existencia de un «castro», y que este término no siempre se refiere a un poblado fortificado prerromano. Solovio recuerda por sus características —una iglesia de origen antiguo, en un promontorio a media ladera y con el topónimo castro o alguno de sus derivados, pero sin evidencias de fortificación en la caracterización prerromana de la misma— una frecuente, aunque poco estudiada, fórmula de ocupación del territorio a partir de la tardoantigüedad. Unas condiciones que permiten proponer, aunque como hipótesis a contrastar por futuras investigaciones, una solución que consiste en entender la pequeña Iglesia de San Fiz de Solovio como el testimonio que perdura a principios del siglo IX de los cambios que se habían producido siglos atrás y que están en relación con la desaparición del poblado romano, primero, y con la desaparición de la necrópolis que lo sustituye, después. Un proceso histórico que nos llevará desde la posible *mansio* viaria romana a la aldea medieval.

Hasta un momento a situar en la primera mitad del siglo V teníamos un asentamiento dispuesto en una ladera abierta y orientada al valle que conduce directamente a Iria, e indirectamente a la costa, al que parece suceder de manera inmediata una gran necrópolis; a principios del siglo IX percibimos un posible pequeño asentamiento rural ubicado en la ladera opuesta, en un área donde se recoge el topónimo «castro», orientada hacia las tierras del interior sin relación aparente con ninguna de las principales vías que salen de Compostela en distintas direcciones. Si el asentamiento antiguo era abierto y dirigido hacia el exterior, este otro parece buscar una posición en mejores condiciones de defensa y recogida, si no escondida. Es evidente que los cambios acontecidos entre ambos episodios debieron de ser importantes, sólo que no contamos más que con las fuentes documentales a la hora de situar la última de dichas transformaciones, y aquellas sólo constatan que ya se habían producido en el siglo VIII.





El problema radica en interpretar cuál es el papel de la necrópolis en ese proceso, en tanto que parece ocupar una posición temporal intermedia entre ambas realidades. La única posible alternativa en estos momentos es plantear que la transformación de la realidad histórica implica no sólo el traslado poblacional, sino también el cementerial y, quizás, el cultural, y que ambos traslados se producen en momentos distintos: el primero, como ya hemos reiterado, hacia principios o mediados del siglo V; el segundo, en un momento posterior que resulta más difícil de precisar, pues el registro arqueológico es todavía esquivo en este aspecto, pero lo suficientemente antes del siglo IX como para que entonces la vieja necrópolis sea ya sólo un recuerdo. La crisis de inicios del siglo VIII podría ser una fecha a tener en cuenta, pero no debemos caer en la fácil tentación de homologar evidencia arqueológica y hecho histórico, por lo que no cabe descartar un abandono anterior de ese cementerio.



Iria «versus» Compostela: Antigüedad «versus» Edad Media

Hay un elemento arqueológico perteneciente a esa necrópolis que resulta clave en la lectura de la transición entre la Iria tardoantigua y la Compostela altomedieval: los sarcófagos con «laudas de doble estola». Así, la impresión que obtenemos del comportamiento de las laudas de estola en Iria es sensiblemente diferente a la que obteníamos en el ejemplo compostelano. En el primer caso se produce una continuidad del tema de la estola, desprendiéndose del carácter antropomorfo que presenta con anterioridad para fundirse con la generalización de la presencia de la cruz de brazos iguales, en lo que supone un cambio radical en la iconografía funeraria, y así prolongar su existencia posiblemente hasta bien avanzado el siglo X. Mientras que en Compostela el tema de la estola parece desaparecer con anterioridad al siglo IX, o a lo sumo pervivir en una forma simple hasta dicha centuria, para ser sustituida por la lapidaria con epígrafe precedido de cruz. En consecuencia encontramos un proceso paralelo, al menos en parte (mediados del siglo IX a mediados del siglo X), de continuismo de fórmulas tradicionales y ruptura radical con res-

pecto a las mismas; Iria expresaría el continuismo y Compostela la innovación.

La posible razón de este comportamiento dicotómico está en la también distinta evolución de ambos enclaves entre los siglos IX y XI, en función del traslado de la residencia del obispo y la curia a partir del descubrimiento del sepulcro del Apóstol. Iria, que seguirá conservando nominalmente la sede, sufre a partir del obispo Teodomiro una rápida pérdida de peso frente a la emergente Compostela, a la que la sede episcopal y posteriormente las peregrinaciones elevarán a la primera fila del concierto político del reino astur-leonés. Una pérdida que es más notable si atendemos a la importancia que tuvo Iria Flavia a lo largo de toda la antigüedad: núcleo urbano secundario de especial importancia económica por su relación con las vías de comunicación y especialmente en el período tardoantiguo y temprano medieval, cuando pasaría a un primer plano con la instauración de la sede episcopal y su amplio radio de influencia sociopolítica.

En definitiva: existe un claro paralelismo entre la evolución histórica de estos enclaves y el comportamiento de las laudas de estola, pues también en el sentido histórico amplio, Iria representa el peso de la tradición del mundo galaicorromano de época germánica y Compostela la innovación del mundo cristiano medieval que se empieza a definir en relación al proceso de la Reconquista. No es de extrañar en este sentido que el cementerio de Iria destaque por una abundancia sin parangón en el ámbito gallego de sarcófagos y tampus con decoración de estola, con antropomorfización o no, frente a una aparente ausencia de laudas epigráficas, mientras que en Compostela sean abundantes estas últimas, frente a una existencia más moderada y menos variada de las primeras.

Una circunstancia que por sí misma avalaría la conveniencia de entender esa fórmula funeraria de sarcófago con lauda, decorada con el tema de estola o similar, como perteneciente de manera fundamental al período que iría del siglo V o VI al VIII, puesto que así existiría un equilibrio entre el apogeo de la Iria cristiana y el fenómeno más representativo de su necró-

polis. De otra manera sería difícil explicarse cómo un núcleo secundario y ruralizado podría producir una serie tan importante de sepulcros pétreos de buena factura. No es, sin embargo, extraño que un núcleo así presente un significativo continuismo en lo que debió de ser la obra de uno de los más importantes talleres de este tipo de sarcófago, identificándose con lo que parece ocurrir en otros núcleos rurales de vieja o nueva creación, como los ourensanos de Ventosa, Ouvigo, Coto de Astrés, etc., antes de la definitiva expansión de las laudas epigráficas de tipo compostelano a lo largo del siglo XI.

Sarcófagos y laudas en el atrio de la Iglesia de Iria Flavia. Padrón. A Coruña.



.....
PÁG. ANTERIOR

Tumba altomedieval con elemento romano en la cabecera, hallada en el subsuelo de la Catedral compostelana.



.....
IMAGEN INFERIOR



